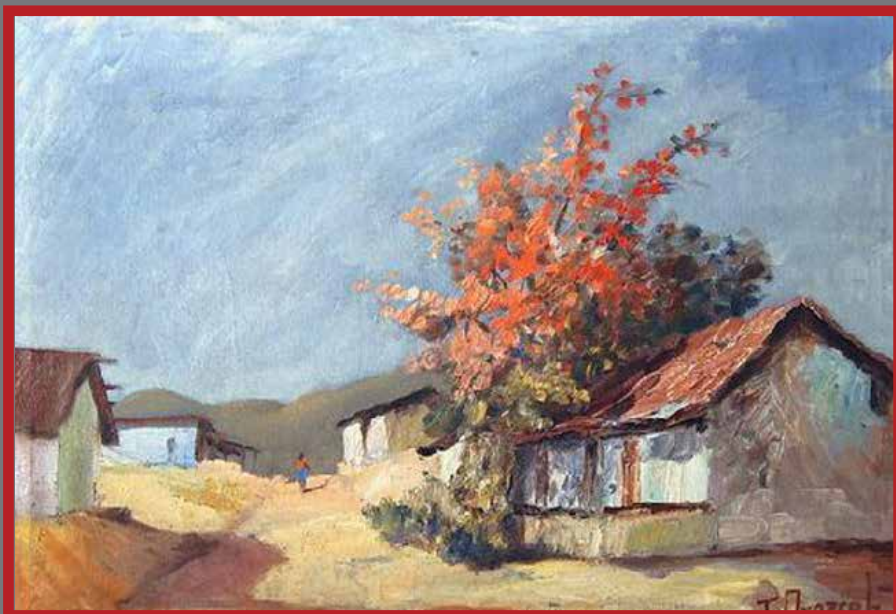


Guillermo Morón: Lo rural maravilloso

ENRIQUE VILORIA

Palabras Liminares de Alfredo Pérez Alencart



Ediciones PAVILO

MANUSCRITOS MADRILEÑOS

Guillermo Morón: Lo Rural Maravilloso

ENRIQUE VILORIA VERA

Ediciones PAVILO

Colección:
MANUSCRITOS MADRILEÑOS

© Enrique Vilorio Vera

Derechos exclusivos de esta edición:

© Ediciones PAVILO

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: lf25220079201254

ISBN: 978-84-95850-87-74

Imagen de Portada:

Obra de Trino Orozco.

Tomada de la web

sin menoscabo de los derechos de autor

Diseño y Diagramación:

Florencia Zabala

CONTENIDO

Palabras Liminares: Victoria Viva de Guillermo Morón. Alfredo Pérez Alencart	9
Introducción.....	15
1. El caserío y la villa: gentilicios estrictos	17
2. La maestra ejemplar	29
3. La plaza, las placitas y los compinches	41
4. La Iglesia, los curas y otras autoridades.....	49
5. Un río enardecido	63
6. El gallo seductor y las mujeres seducidas.....	73
7. Otros animales de la comarca.....	85
Biobibliografía de Guillermo Morón	91
Sobre el autor.....	93

Acaso fue ella, la tía Nona solitaria, la que se empeñó en ponerle antigüedad a este deseo de pertenencia, de tener asidero en los más viejos, de seguirle la línea a la historia de la ciudad y del pueblo, de no andar por ahí como gente nueva, desarraigada e inmigrante.

Guillermo Morón

Palabras liminares

VICTORIA VIVA DE GUILLERMO MORÓN

Y, a veces, sucede el milagro.

Sucede, por ejemplo, la maravilla del encuentro de dos espíritus agradecidos con la vida misma; dos corazones que no se desmoronan ante el fuego de las ingratitudes; cuatro manos que congregan palabras que sobreviven al desdén de indolentes y arribistas; dos hombres que miran atrás y adelante del tiempo humano; dos mentes preclaras que religiosamente creen en la justicia de la educación y en la furiosa sed de los deseos. Hombres así suelen religarse para recargar sus esperanzas.

Los conozco bien a todas horas.

Sé de los instantes de Morón, porque a veces soy un pálido viajero que no se ciñe a su carne y pasa los mares impulsado por la ilusión, corriendo hacia el futuro o hacia un jardín de Caracas donde están —conversa que conversa— don Guillermo y doña Chayo, prontos para nombrarlo todo, echándole cuentos a Mary Melguizo, que amamanta serenamente a sus mellizos bajo la sombra de los árboles.

Ilumina el centro de la noche
este mi paseo por tal horizonte.

Sé de las bondades de Viloría, porque uno simplemente siente sus copiosos testimonios, lee sus entregas y pesa los esfuerzos que a diario debe hacer para sortear las puntiagudas trincheras de Caracas. Polígrafo de pasión intacta, Enrique atraviesa frondosas estaciones de las artes y las letras. Ahora le toca atravesar su ciudad para internar la visión en lo rural que perpetúa la esencia de lo venezolano.

¡Venga el poste de luz municipal!

Un hombre de Carora y de Cuicas se somete a examen sin humear nostalgias. Lo suyo con la imaginación no ha sido una cana al aire ni unas blandengues líneas del atardecer. Sé de sus Historias genuinas y —también— de sus ‘quevedos’, sus historias donde entrelaza hechos con fantasía, la fértil oralidad de las gentes sencillas con la destreza aprendida de clásicas amistades. ¡Ah con este Moroncito que ya nos cumple ochenta y un eneros!

¿Acaso descansan nuestros sueños?

Bailan las venas y los afectos, tiembla el cuerpo rotundo de Viloría cuando sus ojos fosforescentes descubren una escritura nueva, un maestro en cuya obra se puede detener para enriquecerse y enriquecernos. Ve los ángulos de la literatura, acecha los rincones que muestran gozos y heridas, remarca los fragmentos para propiedad perpetua del lector. Y donde antes hubo nieblas o silencios premeditados, brota el canto de reconocimiento. Mejor lo escribió Píndaro, paisano de Morón: “La excelencia en magníficos cantos se hace en el tiempo duradera. Pero a pocos es fácil conseguirlo”.

Afortunadamente hay victorias
en todas las edades del existir.

Guillermo Morón ha conseguido una y otra victoria porque sabe lo que dice, hace y escribe. Decía en una de sus columnas publicada en *El Nacional*, hacia 1975: “He vuelto a la ciudad, como de costumbre, para conversar con los amigos, para mirar las calles, para recuperar el aliento, para remozar las raíces. Uno busca en su pueblo la sombra del pasado, recuerdo cierto unas veces, o recuerdo inventado otras veces por el anhelo de pertenecer. El hombre quiere pertenecer (...) Pertenezco, por vocación y voluntad, a la vieja ciudad de Carora, fundada en septiembre de 1569 por uno de aquellos padres de la patria antigua, llamado Juan del Tejo. Soy parte pequeña, pero cierta y viva, de ese proyecto vital que es la historia caroreña”.

Clemente es el abrazo del pueblo
y múltiple el amor que convida.

Por ello Morón ha trajinado —durante décadas— viejos y nuevos pueblos de la inmensa Venezuela, dando cuenta de sus tradiciones y diversidades: Lo suyo ha sido ir enseñando —y aprendiendo a la vez— en pequeñas poblaciones o en ciudades alejadas del fragor avasallante de la capital. Veinteañero, en 1945, publicó su primer opúsculo de título premonitorio a lo rural maravilloso: *Realidad y sugestión de mi tierra*. Su monumental *Historia de Venezuela*, tantas veces reeditada, es fuente nutricia para conocer la parición y los vaivenes de su patria. Pero es en el librito *Pueblos, aldeas y ciudades* (Academia de la Historia, 1993, pp. 312) en donde se afianza la entrega que no se apaga: “En Capure los niños y las niñas llenan todos los espacios, que son tres, esta buena plaza de pueblo, con Bolívar, bancos sabrosos para conversación, árboles viejos y robustos; todas las calles que son dos principales, la una y central arranca del muelle, tablones y maderos, sobre el caño Pedernales que aquí no se acepta ese nombre porque el verdadero es Capure, fíjese usted que este pueblo es más viejo y mejor hecho, que se llama como se llama por razón

de los indios waraos”... (p. 129). O, también: “Dicen algunos historiadores que el pueblo de Cubiro es muy viejo. Las ciudades quieren y necesitan antigüedad para sustentar sus fueros. Ni Maracaibo ni Cumaná han podido superar ese complejo de vejez” (p. 45).

Se recuentan bellas historias.

Aquellos que las ignoraban ya pueden saborear los universos contenidos en este ensayo; universos enajenados por Vilorio para perfilarles su ubicuo sitio, trazando surcos de vida desde el imaginario narrado por Morón, arrastrado por Morón a modo de relato corrido gritando libertad, libertad frente a la necesaria rigidez de la Historia. Suelto en plaza, el narrador se expulsa. Puesto en faena, el ensayista disecciona las entrañas de los cinco libros literarios del caroreño: *El catálogo de las mujeres*, *Historias de Francisco y otras maravillas*, *Ciertos animales criollos*, *El gallo de las espuelas de oro* y *Los hechos de Zacarías*.

Nos pertenece lo más solitario,
la sombra donde crece lo gozado.

Sí, bajo el sol de la península de Troia -al sur de Lisboa y en una playa solitaria- leí el recién salidito A la intemperie, primer volumen de las memorias de don Guillermo. Fue a fines de junio de 1998. En sus páginas está la fuente no afrenada de sus vivencias y recuerdos caroreños. De allí transpira su narrativa, que unas veces exhala poesía y otras historia exigiendo silencios al lector. Patiquines, pavorreales y notables. Una ironía sobre los oligarcas (Planeta, 2002), segundo volumen de memorias, es el complemento caraqueño y donde un grande pensador deja bien clarito su oportuno decir.

En voz alta te rehace el amor
y salva el ácido crepúsculo.

El narrador vuelve sobre sus pasos y se instala en la plaza del tiempo. Salamanca lo acoge en los portales de la Plaza Mayor, en su Universidad, a la orilla del Tormes, por donde pasean sus siempre compañeros Miguel, Luis, Alfonso y Antonio. Al borde de sus ojos se bordan instantes contables de la vida, se proclaman afectos sin maquillaje, se enseñan las llaves que abren las puertas del alma: “Don Miguel de Unamuno marcó toda mi juventud con su letra apasionada. Para mí España era Miguel de Unamuno. Y lo primero que hice, cuando pude venir a España para estudiar en la Universidad Central de Madrid, fue escaparme a Salamanca para saludar su nombre, su sombra y su gloria”.

Esta vieja ciudad de ilusiones,
intrigas y preñadas celestinas.

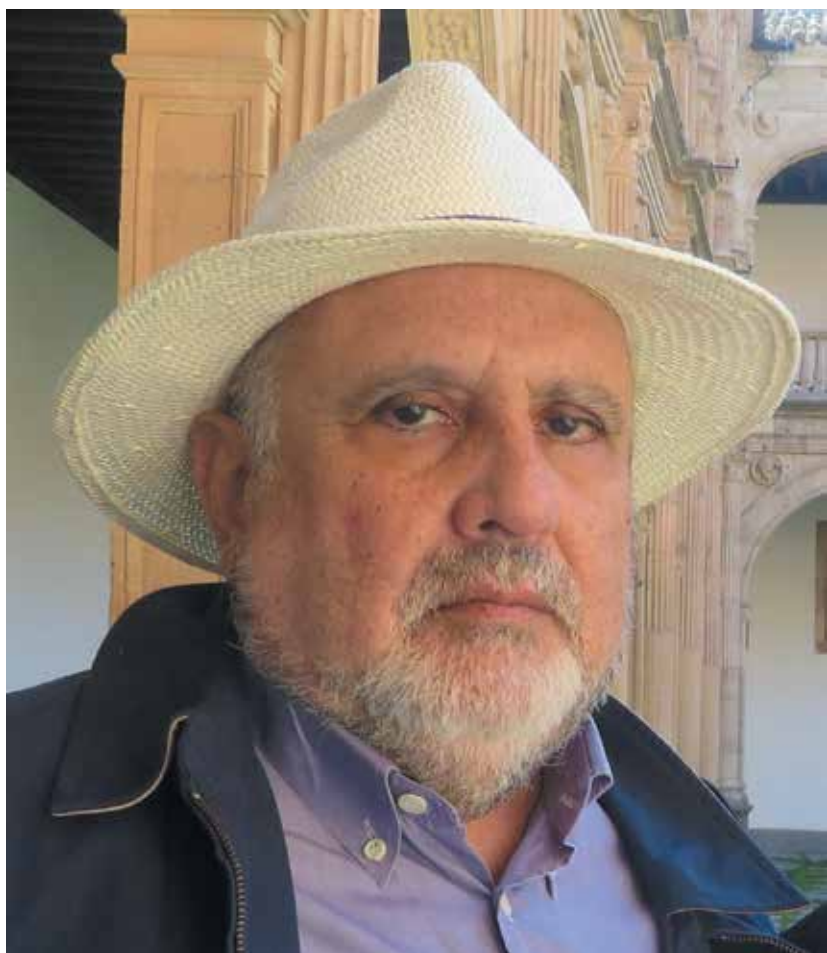
Yo, como lugarteniente de Juan de Salamanca, refundo con mi abrazo lento el reino rural de Morón y la nunca mutilada entrega de Viloría. Presento el vuelo de ambos, sus fuerzas exploradoras.

Sobrevive la luz en cercanía,
en la fiesta que da mi corazón.
Por Cuicas y por Salamanca suelen suceder milagros.

Guillermo, Enrique, ¡vayámonos rápido a la taberna de las almas, donde nunca tiraremos la primera piedra! El vino del Duero nos brindará otro puñado de relampagueantes madrugadas, mientras charlamos con Alfonso Ortega, el sabio que no esconde su amor por nuestra América del delirio. Salido el sol llegarán —cruzando la desnuda Plaza— Carmen Ruiz y Luis Frayle, pródigos en su no desvanecida amistad.

La memoria revive al refugio
de la piedra de oro salmantina.

Enero y en Tejares (2007)
Alfredo Pérez Alencart
Universidad de Salamanca



Introducción

Pero no se trata de la historia de la muerte, sino de la empedernida memoria de la vida, una vida sin subidas ni bajadas, más bien en llano, y al pasitrote eso sí, son las metáforas que tengo iguales a la memoria, aunque la mayor parte del tiempo el automóvil y el avión han sido los vehículos que han llevado y traído a Francisco por el mundo, es como si anduviera a pie, en su burro chueco de la infancia y en los caballitos sin maña de la hacienda La Pastora. La memoria restituye las imágenes.

GUILLERMO MORÓN

En estos tiempos posmodernos de posadas escuetas, de turismo de aventura, de reivindicación de lo natural y sin afeites, donde lo rural se vuelve maravilla alejada de la urbana cotidianidad, esta saga de Carora, de Cuicas, de sí mismo, que Guillermo Morón ofrece en cinco de sus libros de ficción: *El gallo de las espuelas de oro*, *Historias de Francisco y otras maravillas*, *Los hechos de Zacarías*, *Ciertos animales criollos* y *El catálogo de las mujeres*, adquiere nueva relevancia y permanente vigencia

Este libro está amistosamente concebido desde y con el escritor. Esperamos que nuestro ensayo ofrezca al lector derroteros precisos, pistas creíbles, claves fidedignas, sobre los temas y motivaciones del autor, y pueda convertirse en modesto elucidario que posibilite disfrutar mejor del mundo real e imaginario de uno de los mejores escritores de Hispanoamérica: Guillermo Morón.

Enrique Viloria Vera

Caracas, Navidad de 2006

1. El caserío y la villa: gentilicios estrictos

“Se fundó este pueblo de Cuicas en una hondonada llamada Cambullón, donde ahora don Marco Mario tiene un mal trapiche, de esos que sirven para hacer panela, melcocha y melao”.

HISTORIA DE ESTE PUEBLO DE CUICAS

Esta ciudad de Carora toca al oriente, por donde nace el sol, en el preciso lugar donde se encuentra el sitio denominado El Yabito, porque de antiguo ha crecido allí un árbol de Yabo, un árbol ceniciento, macilento, de hojas pequeñas comestibles para los rebañes de cabras que existen en estas comarcas carorenses.

Todos, a la larga, venimos del caserío, de la puebla, de la aldea, de la villa, de ese lugar remoto y muchas veces ignorado que nos da indudable sentido de pertenencia para erigirse en definitivo bastión de identidad. Guillermo Morón no es la excepción: líneas y sílabas, párrafos y hojas, innumerables folios, memoriosos libros, enjundiosas obras, apretados volúmenes, tienen como protagonista fundamental tanto al pueblón que le dio recónditas raíces al historiador como a la pequeña villa que le otorgó precoces espuelas al narrador: “tú eres español verdad, no señorita, yo soy de Carora y de Cuicas”.

Cuicas y Carora, uno y otra, el caserío originario y la villa iniciatoria, entremezclados en el recuerdo de quien concibe que la memoria es un ejercicio vital, un antídoto contra el olvido — “el pueblo está en su sitio; el sitio del pueblo es la memoria” — se superponen a la piel de Francisco, el solidario heterónimo de nuestro niño volador y saltarín que sobrevoló y deambuló por Carora a sus anchas, y nadó a su pesar en los Saucitos, firmemente protegido por la mirada amorosa y el consejo certero de una madre — bronce sempiterno — que todavía lo vigila desde el verde cobijo de un amoroso cemeruco: “por eso estaba yo seguro de su presencia, en el corredor de la casa (...) Entonces, como yo sentía sus pasos, me puse los calzones, le hice silencio al cuerpo, asomé la cabeza con cuidado. Primero miré a la derecha y divisé el canjilón hasta la pared fronteriza del patio, donde hacía su sombra el cují. Después miré para la izquierda, rumbo a

la sala con sofá de esterilla. Y me encontré con sus ojos, quietos de la pura pesadumbre (...) Y usted está allí, tres veces siempre, con la cara como el mar en calma”.

Porque de Cuicas — “pueblo sin destino” — se viene y difícilmente se regresa, a menos que sea con la imaginación, siempre más generosa que el recuerdo mismo. Para la pequeña y gran historia propia y ajena del caserío habría que enrumbarse hacia la lejana Sevilla, consultar los vetustos documentos del *Archivo de Indias*, para, fisgón, entrometido y con el tapaboca de rigor, contemplar sus hispanos antecedentes en un viejo mapa de la Colonia donde “está dibujado un conjunto de casitas amarillas, rojas y verdes, con la silueta de la iglesia chiquita marcada de negro en la cruz más alta; debajo de las casitas encaramadas en un risco, está escrito en buena letra “este pueblo de Cuicas”, solitario está en el mapa, donde se señalan las corrientes de agua “río Torondoy”, las montañas cerradas “sierra de Mucubají”, los grupos de indios desnudos “los Tostós”, y otras señales propias de un documento de esta cartográfica naturaleza”.

A lomo de una remembranza viva y militante, el escritor regresa encanecido al poblado de sus ancestrales afectos para, después de largos y desolados siglos de *no pasa nada, todo siempre igual, la misma vaina*: “porque el pueblo ya está fundado y ahora la gente vive aquí como si siempre hubiera estado”, evitar a toda letra que el cómodo olvido se convierta en eficaz aliado del polvo inclemente, de la devastadora humedad, del tiempo depredador. Vuelve Francisco decidido entonces a preservar a Cuicas de la indiferencia, que también es sinónimo de muerte, porque no es nueva la tentación de imaginar al poblado reducido a escombros físicos y espirituales: “¡pensá vos en lo remoto y abinicio deste pueblo que lo mejor sería echarle kerosene en El Vigía, en la Joya y en la Plaza para que se quemé todo con un solo fósforo y una sola quemazón!”.

Acompaña el novelista al jinete fundador del villorrio, don Hermógenes Espinosa, para volver enternecido al terruño originario a quitarle linderos a lo antes visto y ahora evocado. Juntos, acompañados del inseparable Francisco, recorren el “sombrerudo y empolainado” poblado de un extremo al otro; las vívidas palabras del retornado ocultan el retumbar de los cascos del caballo del Fundador sobre el ancestral empedrado; remedando a Agapita, la hija de la india Josefa, Guillermo comunica categórico y sin remilgos: “Yo conozco a Cuicas”. Y de ese conocimiento cabal y agradecido van quedando para la historia del pueblo y de sus moradores, páginas y más páginas repletas de infantiles evocaciones, que se suman gozosas a los pliegos escritos, tiempo ha, por el maestro Eulogio Carrasco, esos que todavía reposan, en espera de alguna llave maestra, “en un baúl con cerradura, sin barnizar, sin forro, sólo labrada la madera de cedro”.

Rechaza el escritor, aunque muchas veces inevitablemente la recuerda, la expresión identificadora y asociada con su original caserío *como muerto para Cuicas*, “que no es frase huera, ni dicho sin sentido sino sabiduría popular; como muerto para Cuicas expresa toda la historia de estos contornos, pues la vida empieza en cualquier parte, pero sólo termina con el bojote, en urna o en cama de palos, envoltorio de sábanas y hojas de guaje, en los canjilones donde está el cementerio”.

Redivivo regresa entonces el narrador a la aldehuela de sus mocedades trujillanas, lo primero que hace, luego de años de ausencia, es visitar la soleada plaza “frente a la Iglesia de San Rafael porque San Rafael es el patrón del pueblo” y escuchar regocijado el vuelo de las campanas de la Iglesia que al viento, con magistral oficio, echa Mano Suncia: “el Ángel del Señor anuncia como si fuera una rumbera a María, ya no suenan las campanas para las cuatro esquinas de la plaza sino que suben, calle arriba, por todo el pueblo, primero se meten en La Joya donde vive Trinidad hacedora de chimó, curva el repique hacia el rumbo izquierdo, atraviesa la quebrada sin mojarse, alerta a Rafaela Cañizales que en ese momento saca una acema aliñada del horno, sigue por el empedrado que llena el gran recodo del pueblo dominado por las tiendas, pulperías y portones de los Lucena, los hombres de negocio se paralizan a la entrada de sus pulperías y ablandan el gesto, la canción campaneril de Mano Suncia sigue su camino por la mitad de la calle, detiene el torno de Don Diego Picón cuando remata tres trompos de guayabo ya listos para enclavar, las dos campanas se oyen en la Capilla del Calvario, donde Francisco Ochoa está sentado sobre la media pared de cemento a la espera del grito de la Negra Vargas es hora de cenar y el repiqueteo sube por los potreros del solar de Don Cleofe López hasta llegar a las Cuatro Esquinas; Santos Vargas endereza su silla, se pone de pie y también saluda el Ángel del Señor anunció a María, todo el pueblo se detiene, en los portones de las casas, en la escalera de las aceras de los Martos, en las pulperías, en las cocinas con fogón, en las plumas de agua que son dos en todo el pueblo, en la subida por el camino de la quebrada, paralelo y por detrás de la calle real, se santiguan las mujeres, se santigua Don José D’Apollo el letrado y consejero legal, se santigua el Coronel Paredes amigo y compadre del Teniente Vizcaya, los muchachos detienen los trompos delante de la casa de las Coronado que son un mujerío...”

No hay caserío sin sus mujeres hacendosas y peculiares, las doñas y las misias que con su donaire, su garbo, su tolerancia, su apostura o su bondad, contribuyen a conformar la idiosincrasia del poblado, el espíritu del lugar, ese elemento inmaterial e intangible que se convierte a la larga en signo inequívoco de que se está en ese sitio y no en ningún otro. Morón así lo sabe y así lo registra: “Estaban las mujeres del pueblo. Se quiere

decir aquí que sin las mujeres el pueblo no era el pueblo. El mujerío que se reúne en la misa, en aquella iglesita fundada por las mujeres (...) Porque son las mujeres las que llenan la vida del pueblo. Estaban doña Emeteria, doña Ramona, doña Chagua, doña Ezequiel, doña Catalina, mamá vieja sentada en su mecedora, en el zaguán, la bendición mamá vieja (...). Y Doña Josefina, doña Olga, Estefanía, Filadelfa, Honorina también doña, y doña Dolores, doña Amalia, doña Pascuala. Fíjate, todas las mujeres en fila para la misa de seis. Las mujeres, sin cuyas largas faldas, y el romantón, y las negras “andaluzas” para ir al templo no tiene nada de sabor el pueblo”.

Tampoco hay poblado trujillano: Boconó, Miticún, Guaramacal, Niquitao, Batatal, Motatán, Escuque, Betijoque y hasta el mismo Cuicas que no se precie de su quebrada de agua límpida, fría y jovial: “La Quebrada, ése es su nombre único y ésa es su presencia en la tierra fértil de la memoria, La Quebrada es el referéndum del pueblo, pues de ella, de su ruido diurno y de su murmuración nocturna, vive el pueblo todo; yo creo desde toda la vida que si no fuera por el permanente referéndum de La Quebrada este pueblo de Cuicas no existiría; si se fundó, fue para eso, para que La Quebrada le diera vida y viceversa, el pueblo se fundó, para darle existencia a La Quebrada:” Así que con todo el tiempo que un caserío sin prisas permite, el reaparecido andariego toma el camino de La Quebrada, de la suya, que no es como la Quebrada de San Miguel, ni la de Cote, ni la de Segovia, ni la de la Encomienda, pero tampoco nada tiene que envidiarles. Relata entonces nuestro visitante, transfigurado ahora en su fraterno Oscar, que: “Baja de su casa, por la bajada de frente a las Ramos, silba cuando pasa frente a donde vive el señor Manzanilla que le cortaron una pierna gangrenada, sin dormirlo, sólo borracho con el miche que le dio Don Virgilio para cortarle la pierna con cuchillo de matar reses, llega a la pulpería de Roque y se va por la pluma de agua, que está cerca de la quebrada, por detrás de las casas de la Calle Real, hasta enfrente de El Recreo, porque se ahorra camino por la vereda hasta llegar a la casa de Doña Eleuteria, la mamá de José Róger, Oscar va a jugar con el morrocoy de José Róger (...) El morrocoy de José Róger camina por el patio, con su concha como una jamuga de burro; el morrocoy de José Róger camina con Oscar encima, como si fuera un burro rucio, lo pasea por el patio, arre morrocoy, arre burro, arre mono, burrito, el animal levanta su lenta cabeza y camina despacio, con Oscar encima, sentado, por todo el patio de la casa de José Róger, cerca de la quebrada”.

Tiempo y más tiempo dedica el retornado vivo, y no como muerto para Cuicas, a jugar y jugar, a divertirse sin limitaciones. Se distrae con el morrocoy-burro ajeno, come guayabas verdes, con gusanos y sin ellos, se admira y comparte la habilidad de su amigo Pedro Carrasco, quien con su honda artesanal –“de goma gruesa de tripa de caucho, de caucho de

camión, dos tiras de goma negra (...) se la fabricó él mismo, con cuero de res pelada, cruda, la honda para las piedras, una horqueta de guayabo cortada (...) alisada por el propio Pedro Carrasco, las gomas de caucho de dos jemes amarradas con guaral a las puntas de la horqueta”— calcula, apunta, se asegura, y ¡zás! dispara la guaratara para cazar a su antojo “conejos, perdices, arditas y pájaros de todos los colores de Cuicas y en todos sus caseríos, incluido Arenales”.

Cuando se aburre de tanto divertirse en la magnética quebrada, en la quebrada embrujada, hechizada, encantada, de su pueblo: “vos habéis visto los caballitos del diablo en el pozo de la quebrada cuando vais y cuando venís de Arenales a pie, o en burro, los caballitos del diablo revolotean siempre en la quebrada, se paran en las piedras resbalosas, se paran en las hojas de guaje, se pasean por las orillas del monte, revolotean encima del agua y se paran en el agua sin mojarse”, Francisco, Oscar, Guillermo, el que antojado pretenda ser el escritor en esos intransferibles momentos de infantil evocación, se va a los matorrales del otro lado del pueblo a comer frutas de árboles de enrevesados nombres y prolijo color; con el cuidado debido para que no se peguen a su cuerpecito las garrapatas que se chupan, ávidas y desaforadas, la sangre de las vacas que pastean en los potreros vecinos, se encamina hacia los jumangales, cerca de Las Frutas Coloradas. Para llegar hasta allá, a ese pequeño paraíso en medio del edén de Cuicas, el narrador, baquiano experimentado, explica: “hay que bajar detrás de la casa del Calvario, por el camino de las vacas de Don Cleofe, pasar por debajo del manzanito que echa manzanitas amarillas (...) y más allá están los jumangues, las frutas coloradas, jugositas, dulces, los árboles como si fueran guayabos, pero colorados los troncos, las ramas, las hojas y los jumangues, cuando hay jumangues no hay manzanitas”.

Hasta el bienvenido cansancio infantil, una y otra vez, incesantemente, exhausto de felicidad, recorre alborozado el escritor los conocidos y circunscritos espacios urbanos del caserío para recrearse a sus anchas fuera de ellos, especialmente en las rurales cercanías, en sus encantados alrededores, en sus maravillosas proximidades: “el empedrado abarca como tres cuadras de la calle, aunque en este pueblo de Cuicas no se cuentan las distancias por cuadras (...) las distancias se cuentan por nombres, Pueblo Abajo, La Joya, El Quebradón, Pueblo Aparte, Pueblo Arriba, El Calvario que es por donde viven las Vargas, Campo Lindo y sigue hacia arriba, por el cerro todo el caserío, en el otro solar es donde está la memoria, aquella casita que construimos Mano Chuy y yo cuando éramos muchachos, para jugar de verdad...”

Pero ninguna felicidad es eterna, invariablemente llega el momento de alzar velas, de decir adiós y dejar atrás ternuras, amores y afectos,

la seguridad y la certeza de lo conocido, para coger el hatillo personal, los escasos bártulos, y partir solitario en busca de un mejor futuro que haga valedera la esperanza. Así un día de un mes de agosto, Francisco se despidió del pueblo de Cuicas. “Subió en el camión de estacas de Víctor Artigas. No se despidió de Celmira, ni del busto de Simón Bolívar. Cuando atravesó el puente por donde se van los cuiqueños para no volver jamás, vio a Juan Lucena tirado en el suelo, amanecido con moscas en la cara, muerto de tanta porquería bebida en el garito de Benita (...) Se lo comieron las moscas durante tres días con sus tres noches en las últimas vacaciones de Francisco en la casa de su pueblo trujillano, mucho juicio hijo mío dijo la maestra, tú eres pobre, pero honrado, trabaja mucho, estudia mucho, aquí estaré esperando tu regreso. Ya eres un hombre”.

Lustros después, estudiando mucho latín y griego en plena bruma londinense, el escritor compara inviernos y rememora el día de su partida de Cuicas para Carora: “no tienen hojas los árboles de Londres, en todo caso se secan por este tiempo llamado invierno aunque no llueva, lo cual es también una gran diferencia porque invierno allá en Cuicas significa lluvia, un aguacero del diablo, de día y de noche, llovió mucho en Cuicas cuando Francisco se fue del pueblo, como si se hubieran puesto a llorar, todo el día y toda la noche, mamá dijo en su carta que aquí comenzó a llover y no escampa, de triste que se puso todo el mundo por la noticia de aquella partida sin regreso; en los árboles pelones de Colville Garden, que se ven desde esta ventanita del altillo cuando hay luz, no cae la lluvia de Cuicas ni mis lágrimas de lejanía y soledad, sino que le caen encima las propias nubes llamadas curiosamente la nieve del invierno”.

En sus maduras recordaciones, Morón tiene también presente otros caseríos “con sus ringleras de casas de palma, muy poquitas, de paja brava casi todas”, y, en especial, un rancherío que difícilmente alcanza la ya reducida categoría de caserío de la que goza con toda propiedad Cuicas y tantos otros de la comarca del escritor. En efecto, en la vivencia y opinión del escritor sobre Arenales, el trujillano, ese poblacho “de arenas secas, gruesas, amarillas”, porque en las sequedades de la geografía nacional hay otros Arenales esparcidos por estos senderos patrios que nada tienen que ver con este también caserío afectivo de nuestro narrador: “...Melanio es el más viejo del pueblo, suponiendo que este pedazo de pueblo de Arenales sea un pueblo y no un rancherío, bueno vamos a darle la importancia que tiene de caserío con sus cuatro casas grandes de tejas, un chiquero para los puercos que tampoco son muchos y un gran pajonal que sirve de potrero, para cuando llega un viajero con su caballo, o una mula, o tal vez un par de burros cargados con sal, quién sabe para qué sirve la sal, aquí comemos todo simple, hasta el caldito de caraotas con plátano sancochado nos lo comemos simple”.

Además de Cuicas es la villa Nuestra Señora de la Madre de Dios de Carora la población que convoca los recuerdos más sentidos y emotivos del escritor que hizo también de ella auténtica patria chica y orgulloso gentilicio estricto. Esa ciudad habitada por “godos grandes carajos, por cara-coloradas hijueputas”, fue la que albergó tanto las travesuras naturales como las lecturas decisivas de nuestro narrador, quien a muy temprana edad “estuvo en la tienda de Polo a buscar un libro de Historia, los libros están apilados en la trastienda, sopotocientos libros, impresos en España, impresos en una ciudad que es la más grande de todas las ciudades fundadas por los españoles cuando fundaron también a Carora, llamada Buenos Aires”.

Carora se jacta de conservar intactos los mismos linderos desde su fundación, el 15 de octubre de 1569, así como de exhibir el linaje de unos apellidos —Riera, Zubillaga, Perera, Oropeza, Álvarez, Herrera y los que faltan para completar los veinte recogidos por el genealogista de la villa— que se mezclan entre sí, se entrecruzan una y otra vez, para dar origen a ese caroreño blanco, godo, colorado y peculiar, muchas veces genuino pero no legítimo: “de sangre azul conocida, cristianos viejos probados, ni turcos ni negros ni judíos ni indios ni protestantes, Jesús amén, sólo caroreños antiguos y principales” y nunca a los otros, los ilegítimos, los pecaminosos, “los hijos naturales ni los pardos del siglo XVIII que aunque se hacían pasar por honorables y blancos eran todos negros, descendientes de esclavos, que las familias les permitían usar sus nombres y apellidos”.

En fin, ese caroreño genuino, blanco y legítimo también se caracteriza por proferir palabras gruesas y agresivas, no necesariamente malas palabras, aunque sí gritadas: “como si tiraran pedrugones con la lengua”. En efecto, recuerda el escritor: “cuando un Álvarez habla por el teléfono de manigueta desde la hacienda que tienen en El Blanco, en las cabeceras del río, se escucha el escándalo en Carora y en los pueblos vecinos, no necesitan usar el teléfono ni mandar recados para los peones, se ponen a gritar y todo el mundo se entera de que no llueve en la hacienda, que los pozos de agua están secos, de que esos carajos peones son unos perezosos, que si no aumenta el precio de la leche a esto se lo llevó el diablo, que cómo va a ser eso de dejar entrar al Club Torres a ese negraje de Barrio Nuevo, Carora se acabó, no puede ser, entonces nos tendremos que ir de aquí, los vozarrones de los Álvarez aumentan el calor de la ciudad, ah buena vaina, carajo”.

Carora es sinónimo de agobiante e inclemente calor —“continuo, día y noche, desde enero a diciembre, apenas bate el viento por la tarde, con cierto ruido de borrasca”— sólo comparable con el de los desiertos más

inclementes del planeta: el conocido Sahara, el inquieto Sahel o el más lejano Gobi: “Porque lo que pasa lo sabe todo el mundo, aquí abajo en esta maldita tierra y allá arriba en ese maldito cielo, un cielo maldito, que no hace sino relumbrar, echar sol como si no tuviera otro oficio, como si en lugar de ser el cielo fuera el infierno”. Francisco ha sudado ese calor, a chorros lo ha sentido correr por su pequeño y enjuto cuerpo de niño precoz, dotado de “unas nalgas poco atractivas, más bien flacas, los huesos se adivinan debajo del pantalón sin calzoncillos, carne magra, como un firulí el cuerpo pequeño de Francisco, pero reluciente el rostro, ágiles los movimientos, oscuros y brillantes como estrellas los ojos, el pelo negro, el perfil de su abuela materna, respingada la nariz, te pareces a Simón Bolívar le dijo la maestra Teresa Molero y desde ese día sus compañeros le pusieron chapa de oro con el está bien, Bolivita, hola Bolivita, Francisco tuvo que agarrarse de nuevo cuatro horas en El Pajón con Amorfiel Martínez para quitarse la chapa de encima”.

Un calor permanente y un río agazapado caracterizan a esa villa de Carora que Francisco se conoce de memoria, al dedillo, de pe a pa, en cada uno de sus detalles, de tanto recorrerla, caminando, dando brincos, saltando de una acera a la otra, a pleno sol o en la cómplice oscuridad de las sombras, volando ligero: “tomé la decisión de mirar desde arriba todas las casas, en vuelo despacio, no como los pájaros, sino agachado, agarradas las piernas con las dos manos. Pero la mano derecha, suelta para pasar por encima de las maporas de la plaza y más alto que la torre de San Juan”, en fin, vagando a sus anchas por unas calles que conoce al pelo y que puede recitar, una a una, con los ojos cerrados, visitarlas de nuevo con la imaginación como si estuviera consultando un preciosista portulano o las vías mostradas en pantalla por el más eficiente buscador satelital. Rememora Francisco las calles de la ciudad de poniente a naciente: “la calle Bolívar, la Zamora, la Torres, la Carabobo (...) la calle de La Paz, la Miranda, la Democracia que le cambiaron el nombre, la Libertad que también le pusieron otro nombre por si acaso y no se alcen los caroreños son todos goberneros, por eso hay que mudar los nombres federales de las calles transversales, la Calle Falcón, ¡quién ha visto! que es la primera cerca del río, paralela claro está a la calle del Comercio las dos capillas en sus puntas, luego la calle real y principal, que es la de San Juan, toda hecha con casas sagradas (...) la calle Bruzual quién será ése, la Sucre más arriba que no le han cambiado el nombre al Mariscal de Ayacucho, Monagas cuál de los dos será, debe ser el libertador de los esclavos, que nos echó ese tronco e vaina de dejarnos sin esclavos, la calle Federación ésa sí ya dejó de llamarse así (...), y la última que era la calle Independencia, porque de ahí para arriba ya es el trasandino y la carretera trasandina de tierra...”.

Pero no hay calle verdadera, genuina, sin sus habitantes y sus moradas, esas edificaciones, esas viviendas de particular estilo que le otorgan especial identidad a Carora, verdaderas casas sagradas que el escritor visita con ánimo de urbanista del espíritu, de antropólogo de la historia caroreña. Siempre dispuesto a trasladarnos vivazmente a la villa de sus afectos a través de sus emotivas evocaciones, Morón explica minucioso, detallista, reparón, que una casa sagrada caroreña tiene: “portón y anteportón, con lo cual se da existencia de presente al zaguán. Las casas sagradas de la ciudad, donde viven los godos, tienen todas zaguán (...) todas las casas caroreñas tienen y deben tener esa entrada entre el portón que es la puerta principal de la morada y el contra-portón o segundo portón que es la puerta con acceso final hacia el interior sagrado de la casa (...) en Carora hay como mil casas, unas doscientas serán casi sagradas, donde viven los blancos de la plaza, las diversas clases de godos, que unos son llamados Chuios y otros son llamados Chuaos, eso no quiere decir gran cosa sino que unos son más godos que otros, no es que sean más blancos ni más caracolorás, sino que lo hacen para pelear los puestos públicos”.

El sol y el calor de la ciudad son objeto de variadas y sudorosas imágenes que dejan su indeleble mancha sobre las páginas que garrapatea el escritor. Morón advierte con estricta crudeza acerca de las consecuencias fatales que pueden producir los furibundos rayos solares del cielo de Carora sobre cualquier mortal negligente o irreflexivo. Para que estemos prevenidos aconseja: “a las diez aprieta el sol, hay que llevar sombrero aludo porque de lo contrario se achicharra la cabeza y se pueden quedar los huesos pelados entre los tejos de la playa, como huesos de chivo muerto, se mueren de sed, se los comen los zamuros y se quedan los cachos en la cabeza pelada en un sitio, más allacita las costillas y por los lados, todos regados, los huesos de las patas, todos ruyíos, desmigados por el calor, por eso hay que ponerse sombrero de cogollo bien alón, para que el sol no haga de las suyas y lo convierta a uno en chivo muerto”.

Las villas poseen para temor de niños y adultos sus propios espíritus, sus apariciones o aparecidos, sus fantasmas: El Silbón, La Llorona “que llora inconsolablemente la muerte de su hijo muerto sin haber nacido porque ella misma le dio un gran manotón y el hombrecito (porque era macho, veis) le gritó desde adentro, ¿por qué me matáis antes de tiempo?”, el hombre del carretón, El Salvaje, La Sayona, El Maniador, pero solamente Carora muestra con orgullo a su espanto fundamental y sin comparación: el mismo Mandinga, un demonio sin amarras, el propio Diablo que todavía anda suelto en Carora. A tenor de lo narrado por Morón, la presencia permanente y libertaria del diablo en la ciudad infernal se debe justamente al calor insoportable que la define y le es consustancial: “El calor se aposentó en la ciudad, el calor soltó al diablo, el diablo estaba bien

amarrado en el solar del convento de Santa Lucía, el convento franciscano; allí lo había dejado tuerto Santa Lucía de un bastonazo que le dio, cuando el diablo entró al oratorio donde estaba la santa dedicada a sus oraciones (...), en el convento estaba amarrado el diablo desde cuando se fundó el convento, tuerto y amarrado con fuertes cadenas en el tronco de un cují seco, con el rabo mocho, un franciscano se lo pisó, cuando Santa Lucía le saltó un ojo de un bastonazo, y entre los frailes lo dominaron a palos, lo amarraron con las cadenas de amarrar negros y lo dejaron en el solar, amarrado, sin darle de comer, más de doscientos años estuvo el diablo amarrado en el convento, hasta que se soltó y la culpa la tiene el calor, porque el día en que se soltó el diablo en Carora hacía más calor que en el propio infierno, cómo haría de calor que los caroreños, se acostaron, desnudos, empapados en sudor, a las diez de la mañana, como si fueran las dos de la tarde, que es cuando se duerme la siesta después de almorzar mondongo de chivo, cabeza de ovejo, caraotas caldúas, lomo prensado, longanizas, tajadas fritas, suero, queso raspado, arepas, y un chocolatico caliente, como hacía tánto calor, los caroreños decidieron desayunar como si fuera el almuerzo y todo el mundo se echó en sus chinchorros a dormir la siesta con ese inmenso calorón, todas las barrigas caroreñas repletas de mondongo ocuparon los chinchorros, sin una gota de aire, caliente el sol, despiadado encima de las tejas, implacable en la plaza y en las calles, los árboles se quedaron pasmados de calor, un gran silencio entró a las casas sagradas, el silencio del calor y de la siesta, todo el mundo con la barriga desnuda, la paloma apagada, los brazos colgando fuera del chinchorro, el calor se hizo dueño de la ciudad, para que el diablo soltara sus amarras, para que el diablo endemoniara el convento, nueve muertos con calor y sudor dejó el diablo en Carora el día que se soltó y ya no lo han vuelto a amarrar, porque el convento se cayó, los godos de Carora expulsaron al último fraile y Santa Lucía se quedó ciega...”.

Sin embargo, otros entendidos en el asunto del Diablo de Carora como Don Pedro Nolasco de Álvarez dicen, en boca de Francisco y con los presuntos cachos del diablo bien sujetos en sus manos: “El diablo se soltó de sus cadenas. Y comenzó a realizar acciones heroicas, de muy diversa naturaleza. Para vengarse de Santa Lucía que lo había amarrado en el tronco del cují, en el patio de su convento, comenzó a poner ciegos a todos los curas de la ciudad, y principalmente al Padre Francisco Ramos, que era Doctor en cánones, para que no pudiera ver quién era quién y así mandara para el infierno a los inocentes y remitiera en sacos de lona a los culpables para el cielo; luego el diablo confundió a unas autoridades con otras, para que se mataran entre sí, como en efecto se mataron, los Alcaldes Ordinarios pasaron por las armas al Juez de Comisos y el teniente Justicia de la Compañía de Volante, que también era el Buenaventura, le dio de puñaladas a los presos, de tal manera que se armó la sampablera.

Y también el diablo, sólo por fuñir, sin otra intención, comenzó a cogerse a todas las mujeres de la ciudad, de lo cual se aprovecharon algunos maricos viejos y sabios y otros maricos jóvenes e inexpertos para hacerse pasar por mujeres, sólo por aprovechar. De modo que el convento de la Consolación, fundado en el barrio de la Greda, donde la ciudad repetiría su propia historia, con casas y todo, tuvo muchas reclusas santas, hijas adúlteras del diablo. Nada de esto se puede decir en voz alta porque es absolutamente pecaminoso y forma parte del Capítulo Décimo titulado *De las Prohibiciones y Fornicaciones* en el Libro Secreto escrito con mucho cuidado, amor de Dios, santo celo y curiosa preocupación, por el Ilustrísimo Señor Obispo Don Mariano Martí, cuyo capítulo se refiere íntegramente a la ciudad de Carora visitada por el Obispo, inmediatamente después de la fecha en que el diablo se soltó en Carora”.

Sea como sea, cuéntese como se cuente, entiéndase como se entienda, nárrese como se narre, desde aquellos lejanos, confusos y aciagos días en el convento de Santa Lucía, ningún visitante de la villa pregunta por el Dios de la ciudad, sino por el distinguido, célebre, famoso y suelto, Diablo de Carora.

Culminados con excelencia sus estudios en la ciudad donde el diablo continúa suelto: “yo soy estudiante de puros veintes en todo, también en conducta, aunque tengo que pelear en el recreo”, más adulto, más persona, más seguro, con la indoblegable esperanza puesta, desde el instante mismo en que partió de Cuicas, en el logro de un porvenir diferente, el escritor, al momento de pasar por el Trasandino con destino a Caracas, en la parte alta de Carora, no quiso divisar la villa de su adolescencia: “no quería ver las casas sagradas, cuando sea rico y doctor volveré, dijo a los catorce años Francisco, camino de la flor amarilla del araguaney, la flor del araguaney es amarilla, florea el árbol todo entero, se caen las hojas y la flor amarilla llena frondosamente las ramas. La flor del araguaney se cae al suelo a los quince días. Sólo quince días dura la flor del araguaney. Francisco no tuvo tiempo de recordar su infancia”.

2. La maestra ejemplar

...y es en la pensión Bolívar donde vive la maestra más bella del mundo, la maestra de pelo largo, no se lo puedo contar a mi mamá, porque es en la Pensión Bolívar donde vive y espera a Francisco, todos los días, la maestra

TERESA MOLERO

Entre maestras y profesores discurrió, desde su propio nacimiento, la existencia del escritor, hasta llegar él mismo a convertirse en un *maestro*, en el sentido más estricto del vocablo, reconocido por la calidad y pertinencia de los múltiples y variados productos de su conocimiento e imaginación, como bien lo define el DRAE: “Dícese de la obra de relevante mérito entre las de su clase”. Su mismísima madre, Doña Rosario, acunó, desde muy joven la vocación espiritual por el magisterio que luego, producto de las circunstancias de la muerte de la abuela de Guillermo Francisco, tuvo que ejercer anticipadamente y sin aviso previo.

Imagina el narrador una supuesta pero muy posible conversación de sus abuelos acerca del eventual destino de la hija, su madre: “La maestra de escuela no era todavía la maestra de escuela. En aquel tiempo era solamente la hija. No ve usted, doña Rosarito, que la hija no pasa sino en eso de leer todo el tiempo. Ya se leyó los libros que hay en la alacena y también los que están en la repisa (...) que te digo yo que esa niña va a ser maestra de escuela, mira tú que ya escribe versos y todo”.

Esa pasión temprana por el saber, ese deseo irrefrenable de conocer, de adentrarse en la pulpa de las ideas, llevó a Doña Rosario, la madre de Francisco, a ser en el Colegio La Esperanza de Carora: “la única estudiante del sexo femenino, delante de todos los demás que eran varones, dos varas delante de la primera fila, con su camión largo, de medio luto, con la cabeza cubierta con su media mantilla recogida en nudo al cuello como corresponde a una señorita decente, que usa botines y medias para ocultar, en lo posible todo el cuerpo y dejar descubierto solamente el rostro, reflejo de las virtudes de nuestra sociedad, católica, apostólica, romana, republicana y federal”. Esa joven y talentosa estudiante era llamada por don Ramón Pompilio, el sempiterno maestro, “al frente, para que dé la lección rosa, rosae, rosarum”.

Pero la fatalidad arriba, súbita, despeñada, el día menos pensado, y cambia el curso de ríos, rutas y vidas: “ya llega Zapata por el camino de Carache para dar el aviso, no necesita Zapata dar ningún aviso, trae la mala noticia escrita en su cara, el caballo trotón de Zapata (...) el caballo de Zapata trae pintada la mala nueva en la frente y en los ojos, y usted señorita, ha quedado marcada por la prematura muerte de su mamá”.

Rosario la joven, la maestra anticipada, la madre después, doña Chayo para la familia. tuvo entonces que hacer pronta y efectiva la temprana y manifiesta vocación por el saber para convertirla abruptamente en docente oficio, todavía recuerda el escritor lo que le dijo sin reservas el boticario en Carora, no el de Cuicas: “usted lo conoce mamá, porque él me lo dijo el otro día, mírame a ese muchacho tan inteligente y tan estudioso, me dijo, también felicito a tu mamá que tenía su escuelita para niñas, allí mismito, cerca de mi casa en el Calvario, esa casita azul en la esquina de la calle Contreras”.

Y casa tuvo también la madre maestra, la maestra madre, en Cuicas, sita en la misma orilla del empedrado de la calle se alzaba la casona siempre presta a recibir a las niñas del caserío para enseñarles el noble arte de leer la palabra, escribir el verbo y multiplicar el número a las hijas de Cuicas, a sus propios hijos y a las hijas de Don Armando, hermanas de Francisco: “ porque papá era como era, doña Chayo, aquí le traigo esta muchachita de diez años para que usted me la críe y me la enseñe a leer y a escribir y también a rezar, esta muchachita la tuve yo antes de casarme con usted allá en Carora y como su mamá se murió en el filo de Curuviche, ella no puede vivir sola y así usted tendrá que criarla junto con los muchachos que todavía no tienen hermana ni creo que la van a tener, porque siempre es así, luz de la calle y oscuridad en la casa, se llama Teresa Villegas porque así es el apellido de su mamá y no tenemos para qué cambiárselo, cuando el hombre tiene hijos varones en el matrimonio, las otras mujeres le paren hembras, fíjese cómo en Carmen que también es hija mía allá en Carora cuando yo vivía solo, un día mi papá se alzó con una goda de El Tocuyo que le gustaba mucho, entonces la maestra de escuela no dijo nada y parió al quinto y último de los hijos cuando ya no se pare en ninguna parte, a los cuarenta y dos años, un muchacho para Don Morón cada dos años en la casa legítima”.

Rememora Morón la casa-escuela de su madre en Cuicas, donde fue hijo y alumno a la vez: “No, no era una casa cualquiera. Tenía aquella inmensa sala como de cien metros, donde ella daba la escuela ¿Le recito yo primero la lección, doña Rosario? Está bien, Imelda, comienza tú, pero no por el cinco que ya te lo sabes muy bien, sino por el nueve, y entonces me atraganté toda con el condenado nueve que es tan difícil, nueve por

nueve ochenta y uno. La sala tiene cuatro puertas, una para la calle, una para el patio del portón, una para las habitaciones donde duermen todos, una para el aguamanil. En el aguamanil hay una ventana para el patio de atrás, donde está la pluma de agua, que es el baño y el lavadero; y una puerta para el otro patio donde está el anón. Desde el aguamanil se abre una trampa con escalera directa al comedor y a la cocina. Nadie tiene una casa como ésta, con un comedor que está debajo del aguamanil y que tiene otro patio con una tamaña piedra desde donde se ve toda la casa de las Ramos y todo el pueblo abajo (...) Fíjate bien porque no es una casa cualquiera”.

Quien sí no tuvo casa para su escuela sino la llevó a cuestras, a lomo de sí mismo, por zanjones, quebradas y serranías, fue el maestro Eulogio Carrasco el que vivía “al lado derecho de la quebrada si vos venís desde las Cuatro Esquinas”. El maestro ambulante, el docente portátil, el profesor itinerante, el buenazo del maestro Carrasco, más bueno que un amasijo y más dulce que pan de Tunja, “enseña a leer, escribir, contar y rezar, bien hecho todo, como Dios manda, porque éstos son los fundamentos de la instrucción. No tiene escuela el maestro; va de casa en casa, todo de dril blanco, el calzón y la blusa abrochada hasta el cuello, recio bastón de guayabo, como cayado, anteojos al aire, con zancadas llega a la puerta, buenos días niños, fíjate que no usa alpargatas, que el maestro Eulogio camina descalzo por ese piedrero del pueblo”. Sin embargo, la superstición, el miedo, la murmuración, el misterio, pueden más que la buena voluntad y los afanes apostólicos, en Cuicas “hay una casa donde no entra el maestro Eulogio. (...) Hay grandes cuartos oscuros, hay una trilla dicen, y un patio, dicen, más grande que la plaza. Por la tarde llegan los arreos de burros, las mulas y los caballos, sin cesar los arreos que cargan café, maíz, morocotas, panelas y también el diablo. El Recreo es casa endemoniada, donde no duerme mujer de noche”.

Chita, la Niña Chita, “quien tiene su nombre bien extendido por todos los pueblos altos y bajos, su buen nombre y fama”, la hermana de doña Rosario la madre, la tía por antonomasia de Francisco, también fue celebrada maestra rural y formó parte, como su hermana de sangre y tantas otras abnegadas mujeres de nuestros caseríos y villas, de ese anónimo pelotón de educadoras que ayudaron a instruir a los venezolanos de principios y mediados del pasado siglo.

Entre lujurioso y enternecido, admirado, rememora Francisco a la Niña Chita: “es delgada como la palmera solitaria que se fue a nacer y a vivir en el conuco de Don Santiago Marquina; todo el mundo conoce a la Niña Chita, la única Señorita de espiga que ha venido a enseñar a estos mocosos de los pueblos más cerriles del Municipio, de espiga como las que

echa el maíz cuando crece en todos estos conucos, espiga blanca con barba amarilla, como el pelo de la Niña Chita, relumbroso por la mañana, cuando sale, se asoma pues, a la puerta de su escuela, los arrieros se inquietan en el patio de la pulpería, la que está al frente de la casa de la escuela, porque no hay hombre ni viejo ni joven, arriero, peón, conuquero, pulpero o lo que sea, que no le tenga el ojo puesto a la Niña Chita, delgada, finita como una vara, blanquita, con su pelo negro para desyerbarlo, y su sonrisa. La Niña Chita, mansa como el jagüey, tiene siempre una sonrisa, pero también tiene los brazos desnudos, redonditos, y esas tetas derechitas, como si fueran a disparar”.

Con todos sus innegables y apetecidos atributos físicos y espirituales, la Niña Chita no pudo ser seducida, muy a su pesar, por el fascinante Gallo de la Espuelas de Oro, pero eso es otro contar; volvamos a nuestra historia acerca de las andanzas pedagógicas de esta educadora ejemplar en los muy desenterrados caseríos de Arenales y Las Virtudes, quien se vio también, de la noche luctuosa a la mañana fatal, convertida en maestra por destinación: “y ahora que se ha muerto su mamá en Carache (...) hay que prepararse para la vida, dijo el abuelo, todas van a ser maestras de escuela, por eso aquí, aunque sean tan bonitas como Chita y Nona, porque desde aquel día en que se decidió su destino ya no se llama Carmen, ni Carmencita, sino Chita, la Niña Chita, que espera a la puerta de su escuela, en Arenales, con el sol amarillento, un sol amarilleante, es el sol de los venados”.

Y ahí está —¿satisfecha, resignada?— la Niña Chita en Arenales, cumpliendo a cabalidad, la petición urgente de los cincuenta hombres con sus bestias, que como montonera libertadora en son de paz, se dirigieron hacia la calle del Comercio en Carora a solicitarle su concurso a Rosario, la maestra, la hermana de Chita, la madre de Francisco, para “que venga usted doña Rosarito a fundarnos una escuela en el pueblo, donde nadie sabe leer ni escribir y hay que mandar los tripones a Carache para que sean desburrados, pero a las triponas no se las puede exponer a esos peligros de vivir fuera de sus casas, porque ahora no hay respeto como antes, pueden perderse en el camino y regresar embarrigonadas”.

Complacida la petición civilista, la tropa de padres angustiados se puso presta, manos a la obra, a fin de construir rápidamente, en convite, la casa donde ahora habita la niña Chita con su escuela para niñas — “un caney grandote, con todo su espléndido techo de palma seca, la mejor palma tejida porque es la casa de la escuela” — en la misma la entrada del caserío de Arenales.

En su recinto escolar, la maestra Niña Chita enseña lo que es menester enseñar: “Usted se aprende de memoria, rugió el leoncillo y

sacudió orgulloso la melena, diez veces léalo y ahorita mismo me lo recita de memoria. Te fijás la maestra se pone brava de embustes, porque no está colorada ni agarró la palmeta, dijo con el decir de la lección que era esa del leoncillo con rugido y con melena. Pero en el charal no hay leones sino monos peludos y zorros y tigres bien chiquitos, dijo también y leyó de nuevo para aprenderse de memoria, rugió el leoncillo y al sentirse fuerte sacudió orgulloso la melena. Así está mejor, con sonrisa, ojos claros, nariz suave, larga cabellera de treinta años que muerden la boca del estómago, la maestra tan blanca que no es de aquí, la niña Chita olorosa dijo”.

Pensando en su futuro, imaginando el destino que le espera, “ya que cada quien tiene su suerte en esta vida”, la Niña Chita educa y enseña a las niñas de Arenales, consumiendo sus mejores años en el laberinto del abecedario, en los recovecos de la tabla de multiplicar, analizando “su mala suerte con los hombres (...) La soledad de hombre de la Niña Chita toca ya los treinta y tres años”. Sólo se acuerda de uno, allá en Carora, “espaturrado, cambeto de ambas piernas, los brazos largos como una rama de cují, las manos grandes, grandes, grandes que podían cubrirle el cuerpo agachado a José el mudo. Lo recuerda bien porque ese hombre se le acercaba y le decía Niña Chita cástate conmigo; se lo decía a media lengua —Ni ta te migo—, porque José el mudo, no era mudo, sino tartamudo, media lengua (...) Pero después ya no ha habido hombres en la suerte de la Niña Chita”.

Sin embargo, la Niña Chita sabe que en el caserío, agazapado, en espera de cogerla por donde sea y como sea, se encuentra, en permanente acecho, en celo manifiesto, “el Teniente José del Carmen Vizcaya, que es el dueño de la casa de teja, pulpería y posada, nuestro Jefe Civil de Arenales”, quien, ante la ausencia de un pizarrón de veras como el ofrecido a la maestra para la escuela de Arenales, garrote civil en mano, en plan de interesada ayuda, había ya, rijoso y calculador, visitado a la Niña Chita “para ofrecérselo un día de éstos, en cuanto haya pizarrones en Carache, gratis para la escuela, bueno la verdad verdadita Niña Chita es un regalo mío personal que usted me tiene encandilado y sin sentido y hago por usted lo que usted quiera”.

Así transcurren los aburridos años escolares en el impasible caserío de Arenales para la Niña Chita, aguardando un desconocido galano que le cambie el rumbo a su existencia pueblerina, en sigilosa espera de un bienvenido imprevisto que la libere de ese villorrio caliente, calmo y silencioso, donde nada sorprendente ocurre, donde todo siempre pasa igual; inconvencible aldea polvorienta, arrinconada, desértica, alejada de las perturbaciones que alteran el pulso y avivan el corazón: “En Arenales el tiempo es un hábito. Un hábito de ver; un hábito de oír; un hábito de hablar. Todo el pueblo sabe cómo ayer fue un día que empezó a las seis

de la mañana, cuando sale el sol, y terminó a las seis de la tarde, cuando se oculta el sol. Todos saben que la noche empieza a las seis de la tarde, cuando se recogen las gallinas y termina a las seis de la mañana, cuando se ordeñan las vacas. Nadie tiene dudas sobre cuándo es hoy ni sobre cuándo fue ayer. Ni interesa mucho cuándo será mañana. El tiempo es un hábito”.

Sin embargo, el 30 de agosto de 1935, Día de Santa Rosa, se convirtió en una jornada memorable para Arenales, una jornada de esas donde los *no puede ser, quién lo hubiese dicho, tan calladito que se lo tenía*. Ese 30 de agosto, en la alegre y multitudinaria velada de celebración del día de la santa protectora del pueblo, hubo dos extrañezas, dos sorpresas, dos acontecimientos, que dejaron a todo el caserío mudo, estupefacto, turulato, atónito: “La primera fue un poema que el niño Francisco vino de Cuicas a pasar unos días de sus vacaciones y se los va a recitar de memoria, Francisco se encaramó en la mesa que se trajo con ese objeto y entonces rugió el leoncillo y al sentirse fuerte sacudió orgulloso la melena (...) Y la otra sorpresa fue la intervención en público, por primera y última vez, de la propia Niña Chita, de pie, delgada, como un rayote de sol metido por una rendija, ligero temblor en los labios, tan delgados, que no podía caber en ellos una inocente mentirita, por eso el Día de Santa Rosa de Arenales de 1935 terminó con un gran llanto de todas las niñas de la escuela, con lágrimas silenciosas de todas las mujeres de Arenales, con un no se me vaya Niña Chita que fue lo único que pudo decir, roncamente, como un grito y sollozo, María Coronado, y un coño, qué buena vaina, carajo, que esa noche, desvelado, atragantó al Teniente Vizcaya, Jefe Civil de Arenales”.

La Niña Chita había guardado, reservada, discreta, prudente, el secreto que le había confiado en una de sus raras visitas al pueblo el Padre Ferraro, su mudanza de Arenales a un pueblo más grande, Cerro Libre, “donde el maestro Don David Vargas tiene una escuela federal rural de varones, pero lo promueven para la Escuela Federal No 41”. La Niña Chita le agradeció el milagro al Padre Ferraro, y éste, al bendecirla, le contestó de nada, a nombre de Santa Rosa la milagrosa.

Nuevamente, larga y fina, se instala la Niña Chita, “como un rayo amarillo de los que entran por las rendijas del empalmado del techo”, en la puerta de su escuela de Las Virtudes. Niñas y niños, la mitad de los cuales son hijos “legítimamente naturales de Don Pedro María Lucena, llamados en su honor de su padre padrote las Luceneras”. Vuelve la Niña Chita a sus tizas de verdad y pizarrones de mentira, a los pupitres bulliciosos que acogen alertas una nueva generación *de mi mamá me ama, yo amo mucho a mi mamá, de seis por ocho cuarenta y ocho, ¿de qué color era el caballo blanco de Bolívar?*, en medio de la insondable y extendida oscuridad dominante en ese nuevo caserío donde “no hay lámparas de kerosene ni

siquiera de carburo y las velas de sebo escasean. La muchachera recoge cocuyos y gusanitos de luz en todo el caserío, porque todo el caserío es un gran montarral. Con diez cocuyos en una botella clara, de las que sirven para el miche, se crea una lámpara con un tapón de palo y ya está la linternita de diez cocuyos, que alumbraba muy bien los caminos de la noche. Con los gusanitos de luz es más difícil, porque diez gusanitos de luz se prenden y se apagan, nunca están los diez prendidos ni los diez apagados, es una lámpara chueca, intermitente dice la Niña Chita”.

En medio de la oscurana del villorrio, la maestra brilla con luz propia, poco a poco, con donaire, como sabe hacerlo, va ganándose el respeto y la consideración de alumnos, autoridades, padres y representantes, en fin, de todos los conciudadanos del poblado. Tal como aconteció en Arenales, sus atributos y virtudes en las Virtudes convocan la curiosidad, la admiración, la lujuria, de todos los varones del lugar, menos la del forastero de las espuelas de oro. Indiferente, el hombre pasó de largo, sin detenerse apenas. Haciendo uso del pudor y la decencia inculcados en su infancia caroreña, la casta y virginal maestra, La Niña Chita, en esa oportunidad, sólo atinó, tímida y balbuceante, a ofrecerle al seductor y fugaz forastero una humilde jícara de café que el gallo-jinete bebió antes de partir de Las Virtudes.

El anónimo visitante no se percató de los ojos absortos, de la mirada suplicante, *no te vayas por favor*, que la Niña Chita, recatada, comedida, disimuló, ocultó. “En la sala de la casa de Cuicas, donde se reúnen las mujeres para conversar, la Niña Chita le cuenta a su hermana, mientras no está presente Francisco ni ninguno de los muchachos, el percance del forastero (...) Su hermana Rosario la escucha en silencio y adivina, sabe más bien, lo que hay dentro de la Niña Chita, ya cumplió los treinta y cinco años sin olor a pantalones, sin faena de sudor de varón en la casa, el pelo de la Niña Chita comienza a parecerse a las barbas del maíz jecho, cuando se dobla la mata de maíz para secar la mazorca antes de cosechar el grano. Dice: creo que debes de casarte con tu teniente Vizcaya. La boca de la Niña Chita se quedó sin saliva, como un jagüey seco. Y ese mismo día, antes del Domingo de Resurrección, regresó a Las Virtudes: Tal vez vuelva el hombre del caballo negro”.

Transcurren los días, las semanas y los meses, monótonos, impasibles, en la escuela de Las Virtudes; en tozuda castidad, en pertinaz soledad, en terca clausura, la Niña Chita, “belleza melancólica, disimulada la tristeza y también la belleza, por el recato aprendido, los ojos no deben demostrar continuo gozo de la vida”, se niega a celebrar su aniversario, el trece de junio, el Día de San Antonio: ¿para qué?, yo ya no cumplo años, le responde apesumbrada a su insistente hermana Rosario, Chayo, quien aconseja

maestramente a su hermana maestra: “lo que debes hacer es casarte con Vizcaya, o con cualquier otro, o bañarte con agua fría y limón”.

En el pueblucho sin relevantes acontecimientos, sin extrañezas, empero, “un suceso sí sucedió” —como el que había soñado, intensamente, apasionadamente, vehementemente, la Niña Chita— y tuvo lugar en la colorida fiesta que en honor a la ejemplar maestra del caserío, organizó en la propia escuela, la alta sociedad de Las Virtudes: “fuera del desmayo inadvertido de la Niña Chita, en cuanto Antonio Gallo entró a la sala de baile que todo el mundo se dio cuenta. Ocurrió que las cuatro lámparas de aceite, lámparas de mariposa, hechas por la Niña Chita para alumbrar la escuela, se apagaron al mismo tiempo (...) Cuando Antonio Gallo entró sin sombrero, también se metió de sopetón un vientecito frío de montaña, y apagó las lámparas de aceite, las lámparitas de mariposa. Antonio Gallo dijo, hablando por primera vez en Las Virtudes, no se preocupen señoras, señoritas y caballeros, la mejor luz de Las Virtudes está en la sala y es la virtuosa señorita la Niña Chita (...) Y el baile que la sociedad de Las Virtudes, es decir, Don Pedro María Lucena, El Cúchare y un metiche que vino y se marchó, todo en un santiamén, brindó a la maestra única que ha habido en el caserío continuó hasta muy entrada la noche, o mejor dicho hasta que la noche entró y salió que fueron las seis de la mañana, a la salida del sol (...) Cuando el vientico frío se coló por la puerta y por las ventanas de la sala que estaban abiertas apagó las taritas de luz en las lámparas de aceite de coco. Antonio Gallo desplegó su sonrisa y le relumbraron los dientes, no hay que preocuparse avisó, yo traje a mis negros para esta eventualidad de noche oscura, diciendo y haciendo, cuatro negros del mismo tamaño y porte de Antonio Gallo, que es bien blanco y sólo tiene el pelo negro hasta la nuca, como las mujeres de pelo corto, aparecieron en la sala, de a negro por rincón, debajo de cada rinconera con lámpara apagada, y le dieron luz a la sala con los dientes pelados, como si rieran sin reírse, y con las dos manos alzadas a la altura de los hombros, el blancote de las ocho manos y de las cuatro risas iluminó el baile de la Niña Chita, su primer baile y su último baile, cuando salió la noche y entró el día desaparecieron los negros sin que nadie los viera entrar ni salir y Antonio Gallo, fresquito, como recién bañado sin echarse un trago, bailó con la Niña Chita todos los vales tocados por el conjunto de los turpiales de Minunboc, y a eso de las cuatro de la tarde, cuando la maestra se asomó al silencioso domingo de Las Virtudes, después de bañarse con agua fría y limón en la culata de la casa, vio pasar al hombre con su sombrero, y el caballo moteado, rumbo a la bajada del cerro, yéndose de Las Virtudes y dejando intacta la virtud de la virtuosa maestra bailada.

- Adiós, virtuosa señorita.
- Adiós, Señor Gallo.

- Encantado de haberla conocido.
- Encantada me quedo en Las Virtudes”.

Prosiguió así, en la soledad más desoladora, parecida a la **soledumbre** de Pérez Alencart, su titánica tarea de enseñar a las niñas y los niños del pueblo, a los innumerables descendientes del patriarcote Don Pedro María Lucena, concentrada en su labor pedagógica, la Niña Chita insiste, repite, pregunta, examina, repasa, explica, aconseja, vuelve a leer, pregunta de nuevo, explica otra vez. Pero “la escuela mixta de Las Virtudes no termina de cuajar, las niñas salen preñadas antes de aprenderse de memoria el alfabeto, los tripones asisten un día sí y el otro tampoco, es imposible luchar contra las lombrices, contra el tifus y sobre todo, mi querida Chayo, no se puede derrotar el hambre”.

Imposibilitado su trabajo docente por la pobreza y el hambre, acongojado el corazón por la partida sin regreso de Antonio Gallo, objeto de las murmuraciones del caserío, la Niña Chita busca en qué divertirse, presencia los juegos de bolos, le escribe a sus hermanas, reza y borda, asiste a los velorios del pueblo “donde las mujeres no lloran a sus muertos, manque sean sus hijos, los lavan bien lavados, los perfuman con agua de olor hecha con flores, los visten y los bailan tres noches seguidas, con música para que los muertos echen una última gozadita, que más de las veces es la primera”.

Así discurre entonces la vida de la maestra Chita en Las Virtudes, entre la escuela, el juego de bolos que presencia admirada, el bordado, la misa, los entierros bulliciosos y los rezos solitarios, y el recuerdo insistente de Antonio Gallo que rápido quisiera convertir en olvido. Sin embargo, otro día, de esos que se venían gestando en las admoniciones y consejos de la hermana Chayo, y en los apetitos y desvelos del Jefe Civil de Arenales, el Teniente Vizcaya — “qué hará éste en Las Virtudes” — llegó temprano a la bolera para decirle implorando a la sorprendida maestra: “vengo a pedirle que se case conmigo Niña Chita, por vidita suya”.

La felicidad no es eterna, cada quien tiene su suerte; impredecible el suceso sucedió, la mala nueva se regó como pólvora en Las Virtudes, las exclamaciones de estupor, *las expresiones de no puede ser, las preguntas de cuándo fue y cómo pasó*, circularon de boca en boca entre los estupefactos habitantes de Las Virtudes hasta que llegó a Cuicas para instalar la pena y el llanto en familiares y allegados: “La noticia de la muerte de la Niña Chita en Las Virtudes llegó a casa de Francisco en las vacaciones de julio y ya terminado el sexto grado”. Todos la lloraron, pero el que más lloró fue Francisco, lloriqueó más que nunca, las lágrimas se le acababan y debía aguantar el jipeo hasta que volvieran copiosas, irrefrenables, a inundar

almohada, sábana, pañuelo, el vaso de cama, la jícara del café, el tazón de peltre. Plañidero, gemebundo, Francisco berreó la muerte de la tía maestra más que la desaparición temprana de su padre Don Armando, gimió más que cuando su hermano Oscar se vino muerto desde Carora. Francisco lloró a mares como el mar que todavía no ha visto.

Arrecho, inconsolable, con ánimo de venganza y esperanzado en la resurrección, Francisco comunica su incontable pena, su recóndito dolor: “se murió por haberse casado con el Teniente alpargatudo y panzudo de José del Carmen Vizcaya que no es Jefe Civil ni es nada. Al mes de haberse casado se murió la Niña Chita, no aguantó el empujón de ese hombre perseguidor, el virgo invicto en treinta y cinco años fue roto en la cama de lona, un gran grito salió a medianoche de la escuela de Las Virtudes, no se levantó más de la cama la Niña Chita, perdió el pelo amarillo, se le cayeron las uñas de las manos y de los pies, se encogió como un guiñapito, como una muchachita viejita, a la Niña Chita la enterraron recogida en un pañuelo los huesitos y la pielita arrugadita las patitas encogidas los brazos deshilachados la barriguita fruncida el culito rotico la enterraron amontonadita en un pañuelito porque no es necesario hacer una urnita para un angelito porque la Niña Chita es todo un montoncito de huesos, las niñas de la escuela lloraron con sol y todo, los muchachitos de Las Virtudes siguieron calladitos, las mujeres de Don Pedro María Lucena hicieron fila para rezar, se les salió una lagrimita a los jugadores de bolo, carajo dijo el Teniente Vizcaya, nos quedamos de nuevo sin escuela murmuró Don Pedro María Lucena, muy bueno que se haya muerto dijo desde encima del caballo Juan Montilla, yo me voy de aquí reventó el Teniente Vizcaya y al otro día lo encontró Eleazar Roque comido de los gusanos en el monte bien podrido se pudrió el Teniente Vizcaya, Francisco se alegró del gusanero y lloró seguido toda la noche por la muerte de la tía Chita, la pobrecita Niña Chita que se murió en Las Virtudes picada de Vizcaya, maldita sea”.

De un brinco largo regresa Francisco a la calle de Carora donde se ubica la Pensión Bolívar en la que vive y lo espera, todos los días de clase, la maestra Teresa Molero, la maestra más bella del mundo. Se solaza el escritor en la evocación de aquella dicha infantil, rememora su primer embelesamiento, “se chupa la respiración”, revive la taquicardia primera y emotiva, los apurados latidos del corazoncito del alumno, que “ya siente la mano de la maestra que agarra suavemente la suya, la maestra dice buenos días jovencito, cómo amaneció usted hoy”. Se le alborota el pelo a Francisco, le sudan las manos, torpe se tropieza con el borde de la acera, se atraganta, respira hondo, siente la mirada de todos los vecinos, viandantes y compañeros de escuela, fija, insistente, murmuradora, en la mano que agarra la mano de la más bella maestra que existe sobre Carora, sobre la tierra. Camina orondo Francisco, toma el lado de la calle, porque la parte

de adentro de la acera les corresponde a las damas ¿verdad mamá? Recorre la calzada infinita, atraviesa la plaza Bolívar atestada de gente, cruza las esquinas y toma la acera izquierda de la calle del Comercio para, toñeco y contemplao, llegar a la casona “agarrado con su mano izquierda de aquella dulzura que es la mano derecha, blanca mano como un racimo de cambures titiaros, dulcitos con concha y todo (...) Francisco siente el caminar de la maestra, camina como una bandera, camina como una reina, como en las películas mexicanas que uno se queda tieso de mirar cómo es que camina ella, la maestra más hermosa que ha habido en el mundo, se llama así de lindo, Teresa Molero”.

A paso de bella maestra llega Francisco a la escuela Egidio Montesinos —ubicada en la vieja casona colonial que perteneció a Don Felipe, el pulpero, el esposo de Doña Rosario, la difunta en Carache, el suegro de Don Armando, el padre de las maestras Chayo y Chita, en fin, el abuelo del alumno— a objeto de continuar sus estudios de cuarto grado de Primaria Elemental “derechito para el quinto grado y el sexto grado que ya es la Educación Primaria Superior donde se estudia la regla de tres compuesta, la enseña el propio Don Pablo con la regla de cagar en la mano, porque para ir al otro solar, mamá, aunque se tengan muchas ganas y ya no se pueda más hay que caminar con las rodillas apretadas y con la barriga en un vilo, que ya se va a salir, no se puede ir sin pasar antes por la Dirección y pedirle permiso a Don Pablo, pedirle la regla y uno se va corriendo con la regla en la mano, para espantar los zamuros con la regla del Director”.

Extasiado, embelesado, alucinado, embobado, pasa Francisco la jornada entera, protegiendo su mano izquierda: la guarda en el bolsillo de su pantalón, no deja que los compañeros de clase la toquen, la siente vibrar en la faltriquera de sus calzones de dril azul, le tiembla, le late; cuidadosamente la saca, la desenfunda, la pone lentamente sobre el pupitre “limpio, sin rajaduras, sin marcas de navaja como los demás”, y sin que la maestra linda ni los tripones compañeros de aula lo noten, disimuladamente, haciéndose el loco, la huele, “y se pone el hueco de la palma frente a la nariz y le entra un desmayito y la vuelve a guardar para que no se le ensucie y no se lava la mano hasta el otro día, por la mañanita cuando tenga que bañarse y limpiarse la mano, limpia, limpia, para que no se ensucie la mano blanca y olorosa de la maestra Teresa Molero, camino de la escuela.

3. La Plaza, las placitas y los compinches

Lo que pasa es que Antonio no puede hoy. Tampoco podrá mañana ir a la escuela y no será posible pelear en el río, en la Chorrera, que es donde están los de Barrio Nuevo, tiradores de piedras y buscapleitos, como los del Trasandino, que vienen tío Alfonso, hasta la placita de Corpahuaico que es de nosotros, no ve. Y si vienen tenemos que defendernos a pedradas y también a trompadas y ripatazos.

La plaza y las placitas han sido en aldeas y villas de Venezuela y del mundo, el lugar privilegiado de encuentro, el sitio predilecto para la frecuentación, el terreno natural de la igualdad, aunque en las adrenalinadas de la juventud haya que defenderlas, en especial las placitas propias e inventadas, como si se tratara de un preciado edén. Cuicas y Carora no son la excepción, el escritor, en sus errancias de la memoria, en las vagancias de su imaginación, deja buen registro de esos centros de civilidad que la ciudad previó o que sus adolescentes se inventaron: “Ahí viene el tapajoyo, gritaron los muchachos, reunidos en la placita Corpahuaico, un terreno baldío, donde han crecido algunos árboles por la sencilla razón de que les dio la gana. Se llama Placita por un decir de los muchachos, que la han cogido por reunirse ahí a ciertas horas de la tarde cuando los sueltan de la escuela, o de las escuelas más bien, hasta cuando se pone oscuro porque no hay bombillos ni poste alguno de luz en la placita”.

Cuando todavía no existía la atracción de los insaciables malls, de los ávidos *outlets*, de las insulsas Galerías, de los atroces centros comerciales, la Plaza, la Plaza Mayor, la Plaza Bolívar desde nuestra independencia, era el humano y exclusivo recinto público para el solaz, la conversa, el reposo y la recreación. Rememora Francisco que en la villa donde el diablo anda suelto: “la otra asamblea de los muchachos de Carora tiene lugar en la plaza de verdad, en la cuna de la ciudad, allí donde la llevó el río Morere que de cuando en cuando crece y la echa una mudadita a la ciudad (...) ya se sabe que por los lados de Juan del Tejo, río abajo, hacía Río Tocuyo que está más allá de Aregue, es por donde se fundó la ciudad la primera vez que se fundó, ya está averiguado, en 1569, por el primer fundador Don Juan del Tejo que no lo quieren precisamente por eso, porque ya hace mucho tiempo de eso y porque sólo llueve cada cuarenta años con inundaciones. De modo que la Plaza Bolívar de Carora está aquí sólo desde la fundación de la ciudad”.

En la remembranza del escritor, la Plaza Bolívar de Carora parece verdaderamente mayor, adquiere dimensiones de verdadera ágora mediterránea, proporciones de foro romano, distancia de inmensa explanada des Invalides que Francisco atraviesa, bajo la mirada envidiosa de sus compañeros de clase, agarrado de la mano de su maestra bella, Teresa Molero: “Veinte maporas por banda encuadran la plaza, lanzadas al calor del cielo, eso es lo más alto que hay en la ciudad y en todos estos alrededores, cujies, dividives, cardonales, tuneros, chiriguaritos, piquijuyes, ni los robles de la Quebrada de los Robles les llegan por la mitad, ni crecen tan arriba, los tamarindos, los cemerucos son enanos, solamente estas ochenta maporas guardias de la Plaza Bolívar, gruesa pata de cuatro abrazos de muchachos, estirpe de centinelas, calle de San Juan presente frente a la Iglesia, calle del Calvario, presente a que los Arispe, calle Bolívar, aquí estamos los Matute, calle Lara del Colegio La Esperanza, las maporas contadas cada día, calor, mediodía hirviente, por la mañana contadas las maporas de la plaza incontables, altas, inmensas, arriba, en el cielo, más allá del reloj y del campanario. Los esquineros son ceibas, rojos botones, manos abiertas, sombras en las cuatro bocas, vientos de las seis de la tarde, pasa María Zubillaga, florido viento de la botica del Carmen, pierna arriba el camisón del viento que sopló, oportuno desde Juan del Tejo, anuncio de lluvia (...) Las piletas también son ocho, para que haya agua y se orinen los muchachos y a veces cumplan otros menesteres”.

En la Plaza con P mayúscula, se reúnen, en pequeño y selecto cónclave los alumnos de la escuela Teófilo Carrasco, la aristocracia de los blanquitos del pueblo: “los muchachos blancos y con árbol genealógico bien definido, extirpados eso sí los brazos torcidos de la genealogía, aquellos que desaparecieron, por ser hijos naturales blancos, nacidos clandestinamente en las casas sagradas y sobre todo en las casas de campo que están en los tunales y otras cercanías de la ciudad”. En la Plaza Bolívar de Carora se congrega lo más granado de la juventud caroreña que asiste a la Teófilo Carrasco para estudiar, discutir y realizar actividades religiosas, culturales, musicales, de pueblerino alcance: “en diciembre se prepara para las misas de aguinaldos, en julio la asamblea se apandilla a objeto de preparar los exámenes finales, como si fueran estudiantes serios de verdad, y para conversar sobre el árbol genealógico de Cheluis”. Aunque Francisco asiste a la Escuela Federal Graduada Egidio Montesinos y no ha estado nunca en la Escuela para blanquitos Teófilo Carrasco conoció, sin embargo, a Cheluis “en la asamblea de los muchachos de la Plaza Bolívar, porque a esta asamblea acuden de una y otra escuela, por la selección natural de las asistencias al catecismo en la casa de Carmencita Zubillaga y también porque la Plaza Bolívar no es para muchachos realengos, sólo para los muchachos que van a las misas de aguinaldos en diciembre y

para los que puedan llevar café, empanadas, arepas calientes con diablito enlatado para embutir las arepas, a las tres de la madrugada, para estudiar debajo del poste y discutir”.

Todo lo que ocurre y acontece en la Plaza Bolívar de Carora es contemplado y vigilado por un personaje sinigual, sin parangón, cuya sorprendente labor no se encuentra incluida todavía en el Manual de Artesanías, Profesiones y Oficios de la muy famosa Organización Internacional del Trabajo, mejor conocida como la OIT según los cables de prensa, con sede en la calvinista y neutral ciudad de Ginebra, donde hace más frío que por los lados de Jabón, de San Pedro de las Bocas, donde los godos de Carora se van a invernar en la época más caliente de la villa, que son todas. Nos referimos al Rey de las Maporas. “Yo soy el Colega, placero mayor de esta plaza, las maporas y las ceibas fijan los límites de mi reino, no las rejas negras de dientes afilados, hierro colado, ni las ocho puertas de entradas y salidas. Tengo un quiosco para mi solaz, con música de retreta los domingos y ciertos señalados días de fiesta (...) El Colega tiene un tulipán en el ojal, el placero se pasea, rey de la Plaza, y dice buenos días colega al doctor Oropeza, buenas tardes colega a don Pedro Álvarez, buenas noches colega a Don Jacobo Mármol, sus colegas, el médico, el maestro, el boticario, los que pasan por la plaza a cumplir oficios menores que el mío, rey de este reino, pero también gente útil, como yo, en esta ciudad caliente, calor de maporas en la plaza”.

La Plaza Mayor de Cuicas no corrió con la misma suerte de la Bolívar de Carora, no hay quien la quiera ni la mantenga, ninguno la visita, hace tiempo que un enamorado no besa con ternura a su enamorada, no hay anciano que se repose, y mucho menos estudiante que repase la tabla de multiplicar, la cartilla, el silabario: a de ala, y de yunque, c de casa. El escritor con la gozosa esperanza del que vuelve, transformada prontamente por la desidia y la marginalidad en tristeza, con letras amargadas el escritor afligido informa. “Se quedó íngtima la plaza (...) Se quedó íngtima la plaza. Porque antes estaba Ramoncito el policía, escorado y orillero, por la sombra de los carruzos (...) Se quedó íngtima la plaza. Porque la banqueta de cemento se rajó y se cayó, un grinalde desabrido la tumbó el otro día. Francisco llegaba, soledades tuyas miche adentro, yo soy Francisco, el hijo de Verdiana, yo solo empiezo mi estirpe, no te metáis conmigo Ramoncito o te descubro tu secreto de amores, y vos tampoco san Isidro si no quiere que envíe este sol, sol soledades, allá adentro, a tu sacristía sombra sacristía, y te mando también si queréis estos azulejos que están aquí en el único manzanito de esta plaza, decía Francisco sin gritar, sin pronunciar palabras, miche, aguardiente, fiebre adentro, largamente sentado en el tronco que está debajo, en la sombra del manzanito de la plaza. Para que la placita regrese, miel de abeja, mi matejea, don Serapio y su sombrero,

San Isidro entallado en su talla, Ramona Carrasco, vestida de carruzos, voy a escribir en el aire esta elegía de Asio, mi otro yo, y Francisco puso las palabras sin escribir, sin pronunciar:

Cojo, marcado a fuego
viejo como un vagabundo,
fantasma, grima,
íngrimo, soliloquio soledad”.

En Carora, existe también otra placita que no está íngrima, sino yerma, pelada, sin un solo árbol que brinde protección y cobijo al viandante. Árida, desértica, desolada, es una placita a vivo sol; pueblerina y contradictoria, llena de cascajos, la reducida explanada es conocida, paradójicamente, como la placita Riera Aguinagalde, consagrado el cívico espacio urbano al consistente y arrojado Padre Zubillaga. Francisco, prolijo en detalles como es costumbre de su pluma, explica, riguroso, la trama de la efigie en la placita, para que sepamos, con propiedad, la razón de por qué la plazoleta Riera está regida por un Zubillaga. En fin, oigamos al narrador: “en la Placita Riera Aguinagalde (...) los chivos le pasan la lengua al Padre Zubillaga a ver si tiene una blandura por donde meterle el diente, porque chivo es chivo y no tiene asco, se come cuanto sea blandito, las tunas, los kujíes, los cotoperices, los mamones, los cardones de la calle Torres, las cajas de madera de la pulpería de Che Torres, el papel sucio de la plaza donde el Padre Zubillaga aguanta sol y agua sin ponerse negro, pero el padre Zubillaga no es blando, es muy duro, es hombre como de acero, dice Don Chío, mamá, que lo aguantó todo menos que le saliera el tigre, porque imagínese mamá, el Padre Zubillaga estaba predicando en San Antonio, enfrente, pues, en el Hospicio de San Antonio, pero en la capilla y hablaba contra los ricos de Carora, mamá, y por eso le salió un tigre, un tigre de verdad, un tigre de verdad verdad, como el de los circos, como el del Circo Razzore, mamá, el de mi tío Foncho, y el tigre no se sabía de dónde salió porque no había circo en Carora ese día, sino chivos, en la placita Riera Aguinagalde, y el tigre se le fue encima al Padre Zubillaga y el Padre Zubillaga gritó, un tigre, un tigre, un tigre, y salió corriendo con las ropas de decir misa, por toda la capilla, el tigre detrás del Padre Zubillaga que lo tocaba con los dientotes, le rompió la sotana de un manotón, mamá, pero no lo alcanzó, porque el Padre Zubillaga era un cipotón de hombre, duro como el hierro, dice Don Chío, y se encaramó de un brinco, antes que el tigre, en el campanario y desde el campanario de la capilla de San Antonio, que es más alto que una mapora saltó de un solo salto, antes que el tigre, y del salto fue a dar al centro de la Plaza Riera Aguinagalde y se convirtió en estatua no pueden comer las cabras ni los cabrones, mamá, de puro duro que es el Padre Zubillaga”. He aquí pues la explicación de estatua y plaza.

Ninguna plaza ni placita de la ciudad, incluyendo la Torres que está situada en la esquina donde por venganza del Diablo de Carora no se construyó el celebrado y previsto convento, lo que queda es precaria ruina, tiene la energía, el espíritu, el poder de convocatoria, de la Corpahuaico, inexistente y desconocida en los planos oficiales de Carora, pero verdadera y legal en la emoción de Francisco y sus compinches. La democrática, igualitaria, festiva y evocada placita de Corpahuaico, “que no es plaza ni es nada, sino un pedazo de tierra con árboles, se reúnen, pues, los muchachos blancos de la Escuela Teófilo Carrasco y los muchachos café con leche de la Escuela Egidio Montesinos, que es la escuela pública (...) aquí en la placita, se lleva a cabo la asamblea democrática de los muchachos de las dos escuelas para varones de la ciudad. Aceptan de manera espontánea, en la asamblea de muchachos de escuela a todos los demás muchachos que se acercan (...) ya vengan del Trasandino (...) ya vengan de Pueblo Nuevo”. No se excluye ni discrimina a nadie salvo por razones de sexo, porque solamente los varones de las dos escuelas se sientan a esperar a los otros machos de los otros senderos de la ciudad, “en el suelo, debajo de los árboles que son dos almendrones, un dividive y cuatro cujies, llenan la placita con su sombra, oscura sombra en cuanto caen las seis de la tarde, mientras crecen las voces, las cuchufletas, allá viene el tapajoyos, alza la voz el negro Miano como si quisiera insultar a Oscar Oviedo que también llega en ese momento y responde la agresión, con voz más alta todavía, le tapas el joyo a tu mama, gran carajo, como si fuera la hora de empezar el pleito en la asamblea democrática de la placita Corpahuaico. Pero no es hora todavía”.

Juegan los adolescentes —los niños adultos, los venerables imberbes— a ser más ellos en sus infructíferas peleas atardecidas, combates al caer del ocaso, caimaneras crepusculares, vespertinas iguaneras, en fin, palios caroreños. Juegan indolentes los mozos, inadvertidos, irresponsables, a inocentemente golpearla a ella, la altiva, la apoltronada en sus alturas, esa encrespada entidad mimética, camaleónica, cambiante, adaptable, que sorda quisiera ser para no aguzar sus oídos, escuchar los silbidos de la muerte, el llamado del más allá; silban y silban, convocándola a su propia expiración, sacándola de su verde escondite allá arriba en la copa más alta de yabos y almendrones: “Allá vienen en griterío, hacia la playa, las grandes risas, los zancos que son saltos, vienen de todas las escuelas, a hacerle guerra a las aguas. Y cuando vean mis habitaciones verdes y moradas, entonces ocurrirá, todos harán silencio y comenzará el irresistible canto. Ellos sí lo saben. Silban y yo tengo que asomar mi encrespada cabeza. Adiós peroles, hoy no tenemos que silbar. Ahí está la iguana, desmayada debajo del yabo. Si se ha muerto sola puede estar envenenada”.

Juegan con la vida y, en especial con la muerte, Francisco y sus compinches de Carora: el Negro Miano, Oscar Oviedo, El Mesie y Fumanchú Lameda, el más extravagante y cruel de todos. Matan a los pichones y a los mamones si es que matar un mamón es posible: “Fumanchú se encarama en el primer mamón, arranca los racimos de mamones con rama, se deja caer al suelo con los brazos del árbol, para romperlos, de tal manera que la mata de mamón se queda sin mamones y sin ramas. Pero Fumanchú es además experto en ahogar pichones (...) las palomas caseras crían sus pichones dándoles de comer de boca a boca, de pico a pico, hasta cuando están listos para abandonar sus nidos, cuando ya los pichones están papujúos, gorditos pues, listos para que Fumanchú y El Topo se vayan a La Paduana a cazar pichones que es una caza facilita, divertida, no hay más que agarrar a los pichones mansitos en sus nidos. Comienza la fiesta de los pichones, blanditos en la mano los pajaritos. El Topo y sobre todo Fumanchú le aprieta las narices, con los dedos pulgar e índice de la mano izquierda, porque Fumanchú es zurdo, a ver quién mata primero al primer pichón sólo por asfixia, se queda muerto el pichón colgado del pico entre los dedos, a ver quién mata cien pichones primero, los dos expertos cazadores de la asamblea de muchachos contarán la hazaña en la placita Corpahuaico, en la Plaza Bolívar y en el pozón de Chicorías”.

Francisco caza lagartijas porque le tiene grima a matar un pichón con los dedos; a lo que no le tuvo grima ni miedo el miembro de la asamblea de la placita y de la Plaza y del pozo fue a visitar, adrede y encompinchado, el cementerio para profanar una tumba ancestral. Los hechos acaecieron así, a tenor de lo confesado por el escritor en tardía esquila a su señora madre en Cuicas. “Pues lo que ocurrió fue que Don Tita Franco nos puso una composición sobre El Cuerpo Humano para que escribiera cada quien en su cuaderno de anatomía (...) Entonces Cheluis, Nenel, Ique, Nacho, Joel, Chalo, Mayote y yo decidimos ver de cerca el sistema óseo, por lo que nos acordamos de los muertos que están enterrados y solitos los pobres, en el Cementerio Viejo, pensábamos que tal vez teníamos suerte y encontrábamos los huesos de un muerto bien viejo, como Don Juan de Salamanca, o Pedro León Torres, o algo así, también podían ser los huesos de los muertos que mató el diablo cuando se soltó, lo cual podía servir para constatar que las puñaladas eran con puñal de candela. Cuando llegamos en trulla al Cementerio, por la tardecita, después de clase, saltamos las tapias porque son bajitas, aunque ya no hay portón en el cementerio y si uno se va por detrás de las cruces sin nombre entra facilito, pero entonces no era emocionante como saltar las tapias que cuando brincamos ya nos habíamos tapado la cara con el pañuelo como los bandidos del oeste cuando van a matar indios o robarse un banco donde los godos yanquis guardan la plata. Pero no encontramos ningún muerto como Juan de Salamanca, ni a Pedro León Torres, sólo las tumbas cerradas contra la pared que aún

quedan en pie, aunque casi todas se han caído. Entonces, entre todos, con la cara vendada, abrimos un túmulo que decía Doña Julia Álvarez Álvarez de Álvarez y cuando abrimos la tumba Doña Julia estaba enterita, menos la pierna derecha, porque era coja Doña Julia. Cada quien cogió el hueso que mejor se conocía, yo por ejemplo me quedé con la cabeza porque yo me conozco todos los huesos del cráneo, Cheluis se llevó la pata mocha, es decir, el fémur derecho; pero algunos huesos sobraron, los pusimos otra vez en la urna de palo de vera y la regresamos al hueco donde Doña Julia se había pasado como cien años de muerta. En Carora se formó un gran escándalo y andan diciendo que el diablo anda suelto otra vez haciendo diabluras”.

Donde sí no hizo Francisco travesuras memorables, rubieras ilustres, barrabasadas célebres, fue en Cuicas, allá en el pueblo de su más temprana y tierna infancia, el escritor jugaba con otros compinches, con otra cuerda de muchachos que también era muy grande pero menos traviesa, entre ellos Francisco recuerda a “los tres Carrasco, Pedro, Ángel y Claudio, y los Rodríguez y alguno de Campo Lindo, aunque en Campo Lindo quien tiene cuerda es el hermano de Francisco, con los muchachos grandes que ya usan revólver y navaja”.

No sólo de varones era la cuerda de amiguitos de Francisco en Cuicas, a los niños con pipí, había que sumar también a las hembras con totona, con las que el escritor estudiaba y de lejos se enamoraba ya de pequeño, porque sepa UD que en enamoramientos también ha sido maestro el maestro Morón: “conversé en la puerta de la escuela con Carmen Alicia y con Carmen Oliva la Niña Negra y la Niña Blanca (...) me dan ganas de pedirles un beso como en las películas, pero no me atrevo, huyó la voz garganta abajo, hacia la boca del estómago y tuve que guapear para no desmayarme, las dos me saludaron como si fuéramos amigos, pues aunque las he visto muchas veces en sus casas, en Carora es muy difícil tener amigas para jugar; no es como en Cuicas, en las vacaciones jugamos lotería, jugamos la candelita, jugamos a los bandidos, todos juntos, con las muchachas también”.

Quien sí fue el compinche por antonomasia, el preferido del escritor Guillermo que ahora se llama también Francisco, en honor y memoria de su hermanazo del alma, Francisco Arroyo, el “gran mano Pancho Arroyo que sabe más que un libro y tiene por dentro un sentimiento muy bueno, ama a su mamá Verdiana Arroyo y quiere más que el carrizo a ese pendejo de Francisco, medio caroreño y medio cuiqueño (...) Francisco Arroyo habla maracucho, porque estudia en el Zulia, donde vive por temporadas su mamá Verdiana Arroyo, la mujer más linda de este pueblo de Cuicas, Francisco Arroyo es amigo de Francisco, curruñas más bien,

pasan todas las vacaciones juntos, en la plaza conversan de vos y tú, de un libro peligrosísimo del escritor llamado Vargas Vila o Vargas Llosa, que escribe sobre mujeres desnudas, sobre borracheras, sobre la revolución que es una mala palabra muy grande y otras peligrosidades (...) Francisco Arroyo no se alarma, no se exalta, permanece con su parada característica en la Plaza Bolívar de Cuicas; Pancho Arroyo no se echó los pantalones en un Colegio de Trinidad, a donde lo mandó su mamá Verdiana Arroyo para que estudiara inglés desde chiquito y desde chiquito usa pantalones largos como los muchachos de Caracas que no tienen necesidad de llegar a hombres con el sexto grado, sino que siguen siendo niños con pantalones largos de puro patiquines y mariconzones que son, mano Pancho Arroyo es al revés, es hombre de verdad desde chiquito porque ha viajado mucho, sabe inglés, bebe con los grandes, se ha leído los libros prohibidos, por eso se para así, retrecheramente, con el dedo pulgar en la correa, el zapato izquierdo bien limpio delante, sacado el pecho, la boca con sonrisa de bandido en las películas, el cigarrillo Lucky Strike entre el dedo índice y el dedo corazón de la mano izquierda”.

Con ese mismo Mano Pancho, Guillermo, ahora Francisco de nombre como su hermano Arroyo, de afectiva e indeclinable adopción, sostuvo una breve e interrumpida disputa acerca del comunismo y la pobreza —“de allí vengo yo también de ese costado herido de la pobreza”—, en ocasión de preguntarle a su curruña del alma si el escritor Gallegos Mancera era familia del otro escritor Gallegos, Rómulo, a lo que Mano Pancho respondió, para sorpresa del compinche Guillermo que efectivamente era escritor: y además informó: “es camarada mío, es comunista como yo, y qué es eso mano Pancho, pues qué va a ser, la fórmula para construir un nuevo pueblo donde no haya curas, ni hacendados, ni ricos; entonces, pregunta Francisco, todos vamos a ser pobres siempre; qué pasa con la pobreza, nosotros somos pobres a mucha honra, levanta la voz reivindicadora, con ansias de discurso, mano Pancho Arroyo; pero Francisco lo ataja, está bien, está bien entonces nos quedaremos pobres toda la vida, entonces para qué vamos a estudiar ni a trabajar, ni a ser hombres, no chico, yo no quiero que mi mamá siga pobre hasta la muerte, yo como que no te voy a acompañar en eso mano Pancho, se abrazaron los dos amigos, mano Pancho le dijo a Francisco, adiós hermano, no me olvides; Francisco le dijo a mano Pancho, no me olvides tú, mañana me voy para Caracas”.

4. La Iglesia, los curas y otras autoridades

Hay que ser ciego, sordo y tonto para no mirar, oír la fama y comprender lo que tanto ha predicado la tradición católica de esta católica ciudad de Carora, de tradiciones muy bien ordenadas en el santo temor de Dios, en procesiones recogidas y suntuosas en Pascuas, Cuaresmas, Sanjuanés y Sanpedros y Romerías de todo recato y santidad, desde la mayordomía, de Juan de la Cruz Oviedo del Barrio de la Cañada, hasta cuando yo vine ordenado, Mardoqueo Perera de cura, párroco y padre de toda la feligresía, amén.

Nuestra Venezuela rural estaría incompleta, inconclusa, existiría a medias sin la presencia altiva y orgullosa de la iglesia parroquial y su multilingüe campanario — “Mano Suncia toca primero a las tres, con la campana grande para que la voz desmesurada retumbe por todo el pueblo y los caseríos vecinos, la gente despierta con la campanada y con el gallo de la casa que de todos modos canta; Mano Suncia toca segundo a las tres y media con la campana chiquita y aguda (...) Mano Suncia toca dejar, que es tercero, con las dos campanas alborotadas en el campanario nuevo” — y sin la también omnipresente figura del cura, del sacerdote, del párroco casto o braguetero, según las circunstancias de lugar, hembras y murmuraciones: “son muy chismosas chismeaba mi mamá todos los días, imagínate cómo serán de chismosas que ya andan diciendo lo del Padre, que si toda su preocupación por terminar la Casa Cural es porque compró una cama matrimonial en Valera, vieron cuando bajaban la camota del camión de estacas de Artigas (...) y para qué va a necesitar una cama matrimonial un cura, los curas deben dormir en catre bien duro, para olvidarse de que son hombres, para mortificar el cuerpo y ocuparse solamente de salvar el alma”.

Francisco guarda en el último recoveco de sus creencias una vocación de sotana, una tentación de tonsura, un sino litúrgico, una predestinación para la palabra santa: “de tal manera que Pedro Manuel Riera, Domingo D’Apolo, Juan Lucena, Aristóbulo Peña y Antonio Morello, la flor y nata de los muchachos de esta parroquia y pueblo de Cuicas fueron cristianamente conquistados para ingresar este mismo año, pues ya terminan el sexto grado de primaria, al seminario diocesano de Mérida. Francisco demostró así mismo su mucha devoción, su vivaz inteligencia, su capacidad para hablar y discurrir correctamente y el conocimiento que tiene del catecismo,

que recita todo entero, de pe a pa, pero su señora madre, la maestra de escuela, es muy pobre y no puede sufragar los gastos de viaje ni de su ropa y sotana ni menos los trescientos bolívares mensuales de pensión, ya que la maestra está vieja, muy misera de ir a misa y muy mísera sin un real, qué pena”.

En sus frenéticos y variados viajes a la población de Nuestra Señora de la Madre de Dios de Carora, en burro, a caballo, en mula, en brazos de su madre, en el camión de estacas, a pie, en carro propio o de alquiler, en autobús, en cola, o volando en avión o con sus propias alas de cardenalito en extinción, el escritor ha tenido el don divino de verlo todo, oírlo todo, contemplarlo todo y narrar todo lo que acontece en su villa natal, desde las mismas alturas a que ha llegado por causa de su trabajo tesonero y de su inagotable imaginación. Así que Morón no tiene, ni nunca ha tenido, dificultad, impedimento alguno, para citarnos de memoria no sólo los nombres de las calles y los números identificadores de las doscientas casas sagradas de la ciudad, sino también los templos, los zigurats, las mastabas, las mezquitas, las pagodas, que en la villa de su nacimiento se llaman piadosamente iglesias o capillas —lo mismo da a la hora del fervor— porque Carora es sumamente católica, apostólica y romana, y si lo duda, dejemos que el propio Guillermo-Francisco conduzca este tour eclesiástico que emprendemos, en silente devoción y comprensible estupor, para conocer los sagrados lugares del credo y los bizarros representantes de Cristo en esta tierra caliente, con su diablo suelto, más parecida al denostado infierno que al mismo cielo.

Sobre las iglesias y capillas de la villa, Francisco, historiador civil y religioso, arquitecto apasionado, afirma y narra: “No es ciudad vulgar esta de Carora, pues tiene levantados sus templos, el principal es el dedicado a su titular San Juan Bautista, fabricado con tapias, rejas de cantería, fuertes paredes de más de una vara de grosor, treinta y tres varas hay desde el presbiterio a la puerta principal de madera bien labrada que cae sobre la calle llamada real antiguamente, travesera de norte a sur, y de ancho tiene el templo diez y siete varas y media; la puerta mayor, que mira al occidente como queda dicho, tiene portada de piedra bien labrada que le sirve de guarnición y de soporte y es agradable de ver y airosa. Arco toral de ladrillo sentado también hay en este templo. La Ciudad mide su devoción y su interés como población de rango por las capillas que se han levantado en su ámbito, en primer lugar, la Capilla del Calvario, con tapias, rafas, tejas sobre varas redondas cortadas en los bosques vecinos, a orillas del río Morere, y encañado el techo. Al frente de la Capilla del Calvario, límite de la ciudad en el Sur, que es salida para Carache, está la Ermita de San Dionisio, que ya es Templo completo, altozano de tapias y rafas, cornisa y banda de ladrillo, en forma de baúl. Está el hospital de la Santísima

Cruz, donde se mueren los pobres, y el convento de San Francisco con obras pías. Y están además la Capilla del Barrio La Cañada, el oratorio de Curarigüita, la Capilla de los Arangues, la Capilla de Urujuy, la Capilla o más bien el oratorio de las Cofradías y una llamada Cerrito de la Cruz, más allá de un templo en ruinas fronterero en el Norte, por el viejo camino de Aregue, con la del Calvario, llamada de la Divina Pastora”.

En la iglesia mayor y en la capilla principal se organizan por igual los oficios para los vivos y para los difuntos, se llevan a cabo las tareas sacramentales y eucarísticas, la gente se casa ante el altar, se bautiza en la pila, hace la Primera Comunión vestido de azul y vela, comulga sin tocar la hostia, se confirma para renunciar, no al Diablo de Carora sino a Satanás, a sus pompas y sus obras, se confiesa para arrepentirse, y, en las últimas manda a alguien para que el cura salga en volandillas a imponerle los santos óleos y a darle la bendición postrera y definitiva. Las campanas del templo repican escandalosas para llamar a la feligresía a reportarse ante Dios, los curas demoran en ponerse todos los trapos, y Francisco escucha, pícaro e interesado, el melodioso y seráfico canto de las Hijas de María: “En mayo florido las Hijas de María cantan en el coro. (...) Las Hijas de María son inmaculadas, todas blancas y en todo caso, cuando se justifica apropiadamente olvidar, cuando se le pasa un paño mojado a la memoria, puede formar parte de la procesión, de la misa, del coro, del vestido puro y blanco y de la corona de azahares, una muchachita decente, aunque pobre, hija legítima eso sí, cuyos papás sean católicos fervientes y practicantes, que además han creído conveniente pagar este año todas las festividades, desde la cera y el vino y el aceite, hasta los costos de la música y una contribución especial para los gastos ordinarios del culto; no, al Club Torres no puede ser invitada, porque no debe confundir la gimnasia con la magnesia, en la Iglesia muy bien y tal vez al almuerzo de caridad en una de las casas sagradas de La Cañada, muy bien, ya que los papás han decidido correr con los gastos, pero no podemos permitir que se rompa la tradición, el almuerzo debe tener lugar en una casa decente, conocida, imposible que nuestras hijas vayan a comer a una casa sin abolengo, no, es una buena gente, pero no aparecerán nunca en la *Genealogía de las Familias Caroreñas*”.

Francisco asiste a los oficios del domingo, reza, pide por la salud y felicidad de la madre maestra, y por el éxito en sus estudios superiores, encomienda a la Niña Chita y a Don Felipe y a Don Armando y a Oscar, Mano Cai, a la protección de Dios, allá en las alturas celestiales, donde reposan todos como si estuvieran conversando ¡ah mundo! en los chinchorros de la casona del Calvario; ofrece también promesas a la milagrosísima Divina Pastora para que mano Pancho se deje de esas vainas comunistas que lo que puede es terminar en manos de La Sagrada, peinillado y en

el retén. Poco a poco, se acerca a la Palabra del Señor, se interesa en los asuntos de la eternidad. Además de militante feligrés se hace también devoto monaguillo, asiste al cura en la misa, toca la campanilla, prepara el incienso y lo esparce, canta cuando es menester, recoge la copa del agua y el cáliz del vino, el desaparecido Santo Grial, se arrodilla y se persigna cuando pasa frente al Sagrario donde reposa, blanco, insípido, aplastadito y redondo, el Cuerpo de Cristo, se confiesa y, sin prudencias como corresponde a un auténtico fabulador le cuenta, sin recato, ingenuo, a su mamá los resultados de la visita al confesionario: “porque imagínese que en el primer viernes del mes pasado el Padre Niño me tocó la paloma y me preguntó si yo pecaba con eso y yo le dije que si orinar era pecado, luego me agarró las nalgas con las dos manos, porque como ellos confiesan delante del confesionario a los muchachos y muchachas y no por los lados como a la beata Dominga y a las mujeres mayores pues es fácil que el Padre Checlemente le ponga a uno la mano encima del hombro y le acaricie a uno la cara que parecen manos de iguana, entonces el padre Niño me agarró las nalgas y me preguntó si yo cometía pecados por la parte de atrás yo le conté la carrera que pegué desde la trastienda donde están los libros y le pregunté si evacuar era pecado”.

Del susto al salto y de éste al vuelo pasó Francisco en un santiamén y voló, curioso y experto, por la ciudad caliente que cuando oscurece se vuelve todavía más ardiente, hierven los cuerpos de pasión, los hombres verriondos huelen el almizcle de las mujeres que cocean ansiosas en los potreros de la villa en espera del Burro Hechor, del Gallo de Las Espuelas de Oro, del pío sacerdote que las reconforte y las redima de los pecados de la concupiscencia, de las debilidades de la carne, de las tentaciones del lecho, porque como ya sabemos: Carora “una ciudad tan ilustre está llena de curas, como es de uso y costumbre en las repúblicas pías temerosas de Dios”. Examinemos con Francisco los resultados de su vuelo litúrgico para entender mejor la labor pastoral de los sacerdotes de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana en la villa de Nuestra Señora de la Madre de Dios de Carora.

• **El Padre Riera:** “El Padre Riera es el cura del Calvario, sacerdote de la ciudad, siempre ha habido sacerdotes caroreños santos, buenos, honrados, que confiesan a los hombres y a las mujeres, a todos los pecadores y a los que no son pecadores, perdóneme padre que anoche sentí una comezón por el cuerpo y tuve que hacerme la paja, pero fue sin querer padre, fue que se me paró la paloma porque soñé con Dorita y la mano cayó sola allí, en la paloma, padre, eso es un pecado muy grave hijo mío, a ver, con qué mano fue, con esa mano pequeña, lisa, vibrátil, sana y suavcita, no puede ser hijo, a ver tu palomita pecadora, no me la toque padre que me la vuelve a parar, bueno hijo mío, que yo te calmo esas

inquietudes. Francisco vio la luz prendida en el corredor del Padre Riera (...) de pronto Francisco ve cómo se levanta la sotana blanca manchada el Padre Checlemente, la acomoda sobre un palo grueso entre las piernas, sin quitársela, la sotana se acomoda encima de la vera del Padre Niño, que no tiene calzoncillos, sólo las piernas peludas y el palo entre las piernas, se acerca el Padre a tocarle las nalgas a Dorita, pero no es Dorita es María Casquitos, tampoco es María Casquitos, es la cabra, la chiva de grandes tetas llenas de leche que está en el patio nocturno de Don Pedro Riera, abiertas las patas traseras como si la fueran a ordeñar, el rabo chucuto deja afuera, al aire, el culo alargado y con la barbita húmeda de la chiva, acomodada para el ordeño en el patio, la leche de la mañanita para el Padre Checlemente. Francisco mira cómo la vera del padre Niño entra por el culo de la cabra y Don Pedro se cambia, suelta la sotana, agarra las tetas de la chiva y se queja, Francisco voltea la cara para no ver, timonea su vuelo para otra parte. Este cura, don Pedro Riera, vive mal con Doña Ocanto, su prima hermana, soltera, de 48 años; también se tiene por omiso en la administración de los sacramentos, quiere decir que puede cogerse a la burra en el patio”.

- **El Padre Adames:** Continúa su acrobacia el escritor adolescente para confirmar de oídas en la mayor plaza de la villa acerca de este curita hijo y padre del pueblucho mestizo: “como ya no hay convento de San Francisco, el padre fray Francisco Adames vive en la casota de La Paduana (...) El Padre Adames se quedó en la ciudad después de haberse caído la última teja del convento, cuando comenzaron a crecer los cujies en las celdas y a llenarse de paja arisca las arboledas de granados y mamones que tenían los franciscanos (...) Allí estaba en La Paduana el padre fray Francisco Adames, religioso franciscano que vive mal con la mulata Rosa María Conde, la querida del Padre Lozada, jugador de gallos, Francisco escuchó la historia en la Plaza Bolívar, mientras se decía la misa del domingo”.
- **Fray Ildefonso Aguinagalde:** En el viejo convento franciscano “el último fraile importante fue Fray Ildefonso Aguinagalde, quien resistió la batida del Presidente Guzmán Blanco por todos los conventos, que no quede ni un solo fraile en todo el país, dijo el General Antonio Guzmán Blanco (...) El último en irse de Carora fue Fray Ildefonso Aguinagalde, que era liberal, federalista, mejor que se fue, salió montado, como Jesús en lo que quedaba del florido cenobio”.
- **El Padre Montes de Oca:** Presbítero también muy peculiar de la ciudad, párroco de San Dionisio, “regaña directamente a todos los

pecadores de la maldita carne, carne que los llevará directamente al infierno, al más profundo averno, hombres y mujeres revuelos (...) Qué hará el Padre Montes de Oca de noche (...) ese santo varón cascarrabias, bravucón, buenazo, jodidísimo, amadísimo (...) duerme a pierna suelta en un chinchorro de la casa que heredó en la Calle San Juan, más limpio que talón de angelito, más bueno que un dulce de lechoza, pero sumamente godo. Francisco observa cómo duerme el Padre Montes de Oca no duerme desnudo, ni en piyama, sino ensotonado y con las botas puestas (...) Hay un gran silencio en la casa del Padre Montes de Oca. Vive solo, sin hombres y sin mujeres”.

- **El Padre Don Francisco Antonio Álvarez:** Godo recalcitrante. Borracho consuetudinario, ludópata confirmado, “vive mal en perpetua fornicación con Candelaria Chaves, blanca, soltera, además se la pasa jugando siete y media y a los dados como un tahúr cualquiera con los negros, los sirvientes, con los indios, con todo pelagato de la ciudad y echando maldiciones cuando pierde (...) cobra un real de limosna para absolver a los pecadores y tener con qué pagar el chinchorro a Mano Tolo cuando fornicación con las puticas pobres de los barrios”.
- **El Padre Domingo Álvarez:** Pertenece también a la más rancia godarria caroreña, este prelado se la pasa también borracho siempre, “perdido en los botiquines, en las bodegas de los pueblos, jugando gallos y bebiendo cocuy”.
- **Don Francisco Antonio Alvarado:** “jugador, alborotador, echador de pestes y malas palabras aunque cargue el viático para los moribundos”.
- **El Cura Don Ignacio Hoces:** “que es más comerciante que sacerdote”.
- **Don Pedro José Ferrer:** Minado por el vicio de la pereza, picado de galbana, ahíto de flojera, se la pasa “arrecostado en su silla de cuero a la puerta de la casa todas las tardes, se desnuda para coger el fresco, su barrigota grasienta, su molicie ilustrada, sabe cosas viejas del Orinoco, cuenta geografías lejanas, escribe unas cortas páginas en latín bueno y otras en español malo, pero lo mata la pereza, como es gordiflón, su panza no le permite verse el tronquito que no le sirve para nada, aunque quisiera, pues el esfuerzo resulta muy grande”.
- **Don José Bernardo Daboín:** Es el cura de Aregue, previsivo, calculador y mujeriegazo, experto fornicador, “se queda por la

noche en su iglesia para planificar el vicio que acostumbra con mujeres de toda calidad y variado rango”.

- **Don Pedro Pascasio Meléndez:** Consumado bandido, eminente contrabandista, “su almacén está en su propia casa, ropas, joyas, cintas, cocuy de Siquisique”.
- **El Padre Ferraro:** El cura del pueblo de Cuicas, no de Carora, el Padre Ferraro fue quien dio la noticia a la Niña Chita de su salida de Arenales, es el dueño del caballo rucio para las primicias, obsequio de Don Armando, el padre de Francisco. Hay ciertos y endemoniados días que el sacerdote de Cuicas los pasa, jinete o caminante, dando virondas, caminando de un lado al otro del pueblo, por efecto de las atrevidas lecciones que la maestra Doña Chayo dicta a sus sorprendidos alumnos en relación con el origen del hombre ¿Dios mío, cómo queda entonces lo de Adán y Eva? Al Padre Ferraro “hay dos maneras de verlo entrar en la plaza. Una, si asoma el bonete por la parte de abajo, primero el bonete y su borla a la izquierda, al frente, a la derecha, a la espalda; después la sotana como un filo, una ringlera de botones pardos y por último los zapatos choretos. Otra, si los choretísimos zapatos vienen del altozano, luego los botones y al final el bonete. Parece un manteco, largo, largo, un palo ensebao. Al final del palo está una sonrisa y un bonete torcido”.

En Cuicas, vinculado a la iglesia y al culto, con el noble oficio de sacristán, encargado también de tañer las campanas del templo para convocar a la feligresía a escuchar la Palabra del Señor y recibir, confesados, puros e impolutos, el cuerpo y la sangre del Redentor, de espaldas a la nobleza del Padre Ferraro, vive, repica y hace también sus travesuras Mano Suncia, que no tiene malas mañas, pero sí “ciertas inclinaciones que le han traído muchos sinsabores. La cuerda de muchachos de Campo Lindo, un día bajaron al pueblo, es decir, a la plaza, se quedaron hasta tarde los muchachos de la cuerda, le pusieron conversa a mano Suncia, primero en los bancos de la plaza, después en el Callejón del Cementerio, y al final en la propia casa de Mano Suncia, que es la última del Callejón, apartada de la Jefatura Civil y de la pulpería de Nazario Bravo, alumbrada sólo por el fogón que el sacristán de la iglesia y campanero del Ángelus mantiene encendido toda la noche, porque no tiene lámparas ni velas, aunque pudiese llevarse un cirio de la sacristía si Mano Suncia no fuera tan bueno y tan honrado, sólo que padece de una debilidad que le proporciona algunos sinsabores. Como el último, con los muchachos de Campo Lindo, toda una trulla como de ocho, se quedaron un rato en la casa fea de Mano Suncia, se bajaron los calzones y mostraron sus trancas paradas, se le aguó la boca a

Mano Suncia, se le saltaron los ojos que casi se le van de las cuencas para mirar de cerca, le temblaron las manos, se le estremecieron las piernas, se puso medio loco con tanta tranca templada, por eso se quedó de una vez en pelota y se agachó como un mono para empezar la fiesta. Entonces sintió el sinsabor más amargo de su vida, debido a su inclinación y debilidad de carácter, que es como él mismo se lo explica al Padre Ferraro en la confesión de los primeros viernes. Porque Adelis Valera, que sí quería cogerse de verdad a mano Suncia, vos sos marico bien marico, le reclama Matachinos, saca el rabo de cachicamo que llevan preparado, ensebado para que entre suave, y entra suave pero para sacarlo las escamas hacen su mal en la pobre cagatera de Mano Suncia, muertos de risa se hacen la paja los trulleros de Campo Lindo”.

Pero no creamos que Francisco ha visto y oído todo lo referente a la curia y su administración, a la nunciatura y su gobierno, a la Iglesia y su representación, en las afectivas y extendidas comarcas el escritor, no, aún nos faltan las andanzas y hechos del celeberrimo e incomparable Padre Montero, quien “tiene el cuerpo recortado y los ojos saltones muy propios de toda su etnia, una etnia enmascarada por los muchos años de estar encerrados en los campos y en la pequeña y modesta ciudad (...) Padre Montero, yo vivo en pecado mortal, pero usted muy bien sabe cuánto he sufrido desde cuando se murió mi marido y me dejó sola, preñada, sin herencia, por eso tuve que aceptar vivir con ese marido más joven que yo, es cierto, pero buenísimo y quiere mucho a mi hija que ahora es una niña de quince años, él la cela, no la deja salir de la casa y la niña me ha hablado de no sabe qué caricias que mi marido le hace en varias partes del cuerpo y ya no sólo en su cabeza rubia, dígame qué debo hacer **Padre Montero**. Y como de costumbre hubo que hacer una nueva confesión, esta vez de la niña de quince años, bien inocente, mira mijita, conmigo no es pecado porque ya los sacerdotes nos podemos casar en secreto, no se lo digas a nadie, somos marido y mujer (...) Marianela Echenique es negra, como puede verse desde lejos. Marianela es alta, delgada y sonriente. No entró a la iglesia porque no tiene ni un pañuelo para cubrirse la cabeza y así, su pelo enrosquetado, podría disimularse; lo que no se puede disimular es el donaire, las piernas largas y relucientes, las nalgas echadas al viento de la procesión, los brazos desnudos y el vientre pegado, con sus limones ya maduros a sus quince años (...) Dios te bendiga mijita cómo es que no te confiesas, yo no sé confesarme padre, no puede ser hija, ven esta tarde después del rosario, no tengo andaluza padre, no importa tú no necesitas andaluza y en un santiamén Marianela Echenique aprendió a confesarse y a culiar muy bien enseñada por el Padre Montero que es un experto en ambos menesteres (...) Zoraida Briceño tiene los ojos claros y grandes de los hijos de don Sancho, la nariz bien griega, perfecta

sin agudezas ni torcedura (...) Zoraida sobresale por los dos hermosos pechos como dos morros esbeltos en la gran sabana de su torso el Padre Montero casi se desmaya cuando la vio en misa, Dios mío y esto qué es dijo en voz alta, justo cuando levantaba la Sagrada Forma, creyó la beata Engracia que el Padre Montero estaba en trance de santidad y la beata Engracia se orinó místicamente; las otras gracias de Zoraida Briceño no necesitan mención de honor (...) imagínese Padre Montero que voy a ser yo solita con mis hermanos chiquitos, todo se gastó en los entierros, se compadeció el Padre Montero hasta los tuétanos llegó su sentimiento paternal, no te preocupes mijita, yo me ocuparé de ti de ahora en adelante, yo pagaré la hipoteca de tu casa, tengo que ponerla a mi nombre por razones legales, ya tú sabes lo mala que es la gente, pero tú te puedes quedar a vivir en esa casa en las afueras del pueblo y atiendes a tus hermanitos; que vayan a la escuela, claro tú ya no puedes seguir yendo a la escuela para ocuparte de la casa, yo te pasaré cuatro bolívares diarios y te vendré a visitar de tarde en tarde para evitar los chismes, también el rostro de Zoraida Briceño es como una flor de campo, perdone la cursilería, que para componerla el Padre Montero acudió esa misma tarde, después de la siesta con la huérfana al vicio de la escritura”.

Conmovida por las continuadas tropelías del sacerdote, la enardecida comunidad parroquial, la congregación de ofendidos fieles, pasó de chismosa malediciente a denunciante activa, de agraviada divina a exigir justicia terrena, y en sentida demanda colectiva y escrita a la mayor Autoridad Eclesiástica del país, el Señor Arzobispo, ese Príncipe de la Iglesia, que está en su trono en Caracas, por encima de todos los obispos, curas, diáconos, monaguillos, arcedianos, sacristanes y campaneros, e incluso de la feligresía toda, le exponen y comentan las felonías de Montero, porque Padre de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana no puede seguir siendo ese azufrado bicho con cachos, ese padre sacrílego papá.

Así los más afectados, Juan María, Aurelio y Pedro, “con nombres prestados tomados del Santoral y del Almanaque de los Hermanos Rojas”, con toda la humildad y la arrechera del caso, se dirigieron por escrito a su Señoría El Arzobispo para que se enterase a plenitud de los hechos blasfemos, sacrílegos, viles y corruptores cometidos por el Padre Montero, de sus goces carnales e infamantes, de sus placeres de cama, de sus aventuras sexuales con las adolescentes del pueblo de Aregue y sus cercanías: “el incesto, el estupro y el escándalo, empleó medicamentos abortivos, creyendo sumir en las tinieblas un alumbramiento preventivo (...) Tantas maldades juntas en un solo cuerpo y en una sola alma, si es que la tiene este lucifer, no pueden quedar impunes, sin castigo en esta vida, pues en la otra lo espera sin duda alguna la quinta paila del averno”.

En consecuencia, los padres agraviados por la lujuria de Montero demandaban firmes, exigían decididos, la aplicación de todo el peso de las leyes: la penal, la civil, la canónica, la divina, sobre el cuerpo y el alma del satánico prelado: “ Un sacerdote, quién lo creyera, nada menos que un Ministro de Nuestra Santa Madre Iglesia y maestro que debiera ser de la Moral Cristiana, es la causa de nuestros dolores, de nuestros padecimientos, de nuestra lágrimas de sangre, quien sin ningún género de miramientos, sin ninguna misericordia, sin una migaja de piedad, nos atropella, nos infama, y todo lo sacrifica al desahogo brutal de sus torpes apetitos, tirando con desprecio una mancha indeleble sobre nuestra familia, sobre nuestra buena sociedad, sobre nuestro árbol genealógico y convirtiendo en criminal a una inocente niña que siempre vivió llena de rubor y recogimiento (...) Os pedimos, Señor, por Vuestro Sillón que el Padre Montero sea legalmente encausado y castigado, lástima grande que se haya extinguido el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición; con tal objeto, el del castigo, hemos querido que tamaños delitos cometidos por un sacerdote no pasen desapercibidos de su Señoría Ilustrísima, así nuestra vergüenza y dolor queden marcados en esta memoria escrita para la historia y el catálogo. Necesario es el desagravio de la moral y la expiación de tanta culpa. Y firmamos la presente de nuestro puño, letra y sangre mancillada”.

Estaba el Arzobispo sentado en su trono, entredormido, haciendo la siesta del desayuno, cuando arribó la carta-bomba, esa misiva no traía “las noticias que le caen lentas, continuas, monótonas, sobre los chismes de los señores curas párrocos de esta capital de la República donde se anudan todos partes de la guerra y la anhelada paz de los pueblos”. No, esta vez, al Arzobispo se le revolvió el estómago, corrió, sotana arremangada, báculo en mano, como un espíritu celeste más, directo a la poceta mayor del Arzobispado, expulsó el perico, el jugo de guayaba, las caraoas refritas, el pedacito de aguacate, el queso blanco rallado, las cachapas de hoja, el café marrón con tres cucharaditas de azúcar, que había ingerido hacía menos de quince minutos. La carta que llegó desde nuestra amada ciudad de Carora lo había purgado.

Exánime, exhausto, exangüe, con las piernas temblorosas y las manos frías, se sentó ahora en el Sillón de Providencias que le otorga mayor autoridad arzobispal, leyó de nuevo tres veces la carta, sin salir de su asco y del asombro. Calmado ya, decidió entonces, escriba Secretario de la Archidiócesis: “Vista con acerbo dolor de Nuestro Corazón la procedente queja comisionamos al Vicario foráneo del Partido para que haga reconocer las firmas de aquellos notables y calificar su exposición a los que representan y además tome ex-oficio informes y declaraciones de personas fidedignas; y resultando ciertos los crímenes de que se acusa al Presbítero

Montero le notificará que en el término de la distancia se presente ante Nuestro Provisor a contestar los cargos que contra él resulten, apercibido de que si dentro del tercer día después de notificado no se pone en marcha para esta capital quedará incurso en la pena de suspensión de oficio y beneficio *ipso facto*".

Mientras el mensajero ensillaba y partía, el indiciado Montero se fue de visita a Baragua, pasando por Aguada Grande y Siquisique, con el objeto de comprar "unas tierras más bien malas, donde se cría un hato de chivos criollos y alguna que otra res, pero tienen el encanto de una hermosa mujer llamada Francisca doña Francisca para todo el mundo, vive muy recogida en su casa donde el señor cura, montado en buena bestia, va a visitarla con frecuencia; antes de morir claro está, se sintió viejo el padre Montero y en el testamento deja como su principal heredero a Alejandro José, hijo muy querido de doña Francisca (...) En esta ocasión el Padre Montero no quiso escribir ninguna página literaria, porque tuvo necesidad de fajarse a contestar la providencia, sin viajar a Caracas, lo cual fue un desacato muy singular y criticado, por lo que se quedó sin el curato de Aregue y ya sin la menor posibilidad de llegar a ser Vicario de Carora; fue entonces cuando arreció su ánimo de escribir panfletos, creció su avaricia y no le dio tregua a la lujuria, el número de hijos alcanzó una cifra que, de acuerdo con la memoria de los cronistas, duplicó la fortaleza de Don Juan Vicente y aún la legendaria destreza de don Virgilio Mendoza".

Concluye Francisco su litúrgico vuelo por Carora y sus alrededores, por sus curas y sus hechos; enterado al detalle Francisco, adolescente ingenuo, piensa que, ahora sí, todo lo sabe, que lo ha oído todo, que todo lo ha visto y que todo ha sido contado, acerca de las andanzas sicalípticas e inmorales de los eclesiásticos, sacristanes, diáconos, arcedianos, monaguillos, acólitos, arciprestes, ayudantes, prelados, misarios, feligresas y feligreses, primo-comulgantes, catequistas, Hijas de María, de la católica comarca. El escritor mozo, incrédulo, atónito, estupefacto, boquiabierto, constata desengañado que "la ciudad nocturna, despierta a medias, en puntas de pie, los viejos antiquísimos pecados, repetidos, perdonados, vueltos a cometer, yo te absuelvo en nombre del Padre, cada generación con su fornicación, en el nombre del Hijo, la soberbia, la avaricia, el empecinamiento, y del Espíritu Santo, el desprecio, la burla, los tirapiedras, la falacia, el golpe de pecho, amén".

Convocado por su inteligencia, disciplina, constancia y buena letra a máquina, Francisco está ahora en el Archivo Parroquial de Carora, en el lugar donde se encuentran, bien resguardados de la malsana curiosidad pueblerina, los libros de bautismos y nacimientos de las familias que tienen genealogía en la villa. Aborto y boquiabierto el inesperado escriba, por

encargo del genealogista de la ciudad, copia las partidas, las de los hijos legítimos, no las de los naturales, los pecaminosos. En esos menesteres se encontraba el mozo escribano cuando escuchó, sin querer queriendo, la conversación del Ilustrísimo Obispo de la Diócesis con el párroco Montes de Oca sobre un todavía más desconocido y reservado libro escrito, décadas ha, por el también Obispo Don Mariano Martí: el espeluznante y fascinante *Libro Secreto sobre las Fornicaciones en la Ciudad y Pueblos de Carora*. ¡Na guará!

Resulta ser entonces que, en una memorable visita pastoral a Carora y sus caseríos aledaños, el Obispo Martí se dedicó a “averiguarlo todo, mi querida mamá, no sólo el estado de los edificios santos, no sólo cuántos cuadros, libros viejos, atriles, tejas y altares hay en cada lugar, sino también los pecados públicos, yo creo que sobre todo Su Señoría Ilustrísima averigua las vidas privadas de los feligreses y va tomando notas” para el siniestro y mentado libro.

En efecto, de acuerdo con lo escuchado por Francisco; “Su Señoría Ilustrísima se quedó en Carora cinco meses seguidos, está muy a gusto con la tranquilidad del pueblo, el Señor Obispo se siente muy bien servido por la nobleza de los godos caroreños, lo que pasa es que el recato de las mujeres y los dulcitos de leche, de guayaba, de mango, de lechoza, de membrillo, de cerezos, le han parecido a Su Señoría, los mejores del mundo”. Sin embargo, nadie entendía muy bien la razón del Obispo para permanecer en medio de ese calorón que es Carora. A pesar de la tórrida canícula “Su Señoría Ilustrísima terminó las visitas de todos los templos, capillas, oratorios, hospital y convento en los primeros días, que para eso viaja acompañado de Don Hilario, su secretario, del Escribano, de los Sacristanes, sus consejeros, menestrales, Cabos de la Santa Hermandad, pajes, indios, negros. Pero se quedó por otras poderosas razones, las cuales quedaron al descubierto sólo al final (...) Su Señoría decidió quedarse para escuchar, anotar y prohibir. Por la tarde Su Señoría escribe EL Libro Sumamente Secreto, también llamado Libro de las Prohibiciones y Fornicaciones en la ciudad de Carora. Aquí, en estas anotaciones, no interviene la letra de Don Hilario ni la del Escribano de visita: Su propia señoría lleva el cuaderno en sus alforjas de viaje. Muchos pliegos llenó con las denuncias de pecados públicos, notorios, escandalosos, y de mal vivir de los caroreños. Tachó algunos por caridad. En la noche, después de cenar, volvía el Señor Obispo a su escritura secreta, lleno de santo pavor y de altísimo temor a Dios, esta grey puede perderse si continúa en esta convivencia con el mundo, el demonio y la carne, el diablo, sin duda, el calor y el diablo tienen la ciudad tomada. La mano escribe con firmeza apostólica. Nos por la gracia de Dios y de Su Santa sede Apostólica Obispo de esta diócesis, los curas, los frailes, los doctrineros, cómo es posible...”.

Cuentan que Su Señoría Ilustrísima cuando terminó de escuchar, preguntar, inquirir, confirmar, contrastar, carear, repreguntar, volver a oír, anotar, tachar, borrar y escribir para obstaculizar, vedar, imposibilitar, en fin, prohibir, cerró el libro, salió a hurtadillas de madrugada de la Casa Cural de Carora, mal abrigado, solo y sin tomar café, tomó el camino del Norte y se fue a pie, andando, a carrera viva, hasta la isla de Cuba y abordó, sin pensarlo dos veces, el Galeón de Manila que andaba, como el Obispo, extraviado por esos rumbos del Caribe. Al llegar a puerto seguro en España, Su Señoría Ilustrísima se dirigió inmediatamente al Escorial donde se enclaustró para la eternidad.

El Obispo Martí todas las noches reza por la salud de su Majestad Felipe II e implora por la salvación del alma de los ciudadanos de Carora, y en especial, por la muy festiva de los curas de la comarca.

5. Un río enardecido

En todos los playones quedaron las muestras de aquella aguazón tan grande, Madre de Misericordia, que nos vamos a tragar el pozón, o más bien que ya ni sé lo que digo, más bien será que nos ahogaremos en el solo pozo que hay desde El Calvario hasta San Dionisio y desde la Divina Pastora hasta el Cerrito de la Cruz.

El Morere es río hipócrita: calmo, se agazapa para sin aviso ni protesto embestir a raudales, luego, furibundo, engulle, devora, a su paso de marabunta, en su vuelo de hambrienta plaga, todo lo que encuentra en tierra, hasta la propia alma sin hueso ni músculos de la gente. Apacible, sus playones y pozos son lugar para el solaz, la conversa y el amor. Furioso, su invencible corriente, su enardecido torrente, es látigo sangriento, mapanare engatillada, bestia malandra negadora de lo humano y de lo divino.

Cuentan los venerables ancianos caroreños que cada crecida arrolladora de su farsante río es obra del mismísimo Anticristo, venganza del propio y mañoso diablo que anda, suelto y sin control, desde hace siglos por la villa: “La ciudad de Carora ha experimentado una grande y lastimosa ruina. Una inundación sin ejemplo del río que la baña, cuando el río Morere en lengua ajagua, superior a cuanto se creyera posible, ha anegado toda la población, poniendo en consternación a toda la ciudad y sin dar tiempo para extraer de las casas los efectos de más precio”.

Un buen día, imprevistas como siempre, a chorros, inadvertidas e inoportunas “las aguas llegaron en silencio a la ciudad. Fueron las aguas de octubre, en la oscurana de la medianoche, llegaron sin previo aviso, tomaron todas las entradas y todas las salidas (...) todas las boca-calles, a todos los barrios, lentamente, con paso de gato deben haber llegado porque nadie las sintió sino cuando comenzó, de una sola vez, el asalto a las casas”. Porque el Morere es así, rencoroso, malévolo, vengativo, carente de sentimientos y de fidelidad, resentido, cuando se enfurece no hay dique, ejército, barreras, oraciones, penitencias, promesas a la Divina Pastora que lo regresen, amansado, domado, a su aparente sereno cauce.

Los caroreños no miden el paso del tiempo por calendarios lunares ni solares, tampoco se refieren, como en Cuicas o Arenales, a cuando pasó el cometa y mucho menos llevan a su boca la caraqueña expresión de cuando la peste. Para los siempre pendientes del río, el tiempo se calcula por las imprevisibles y mortíferas crecidas del Morere: “a Don Nemesio (...) la inundación le tumba la casa, pero la vuelve a construir, carajo, 1825, 1848, en mayo fue la vaina, en mayo florido, mes de María, llovió como los mil diablos tres días seguidos, 1893, carajo, la guerra civil desde la independencia, Joaquín Crespo, ese ladrón, es el Presidente, y de ahí para acá pura inundación, 1916, 1922, 1933, qué vaina, ése es el siglo de las inundaciones, once meses de sequía y un mes de inundación, la república tiene la culpa, carajo”.

Desde la fundación de la villa en 1569 por Juan del Tejo, los naturales de Carora han sido bañados por el sudor y por el río, ambos han definido el ritmo de la vida, el tono de la ciudad, el quehacer de los caroreños. El calor es constante y permanente, conocido y sin afeites, se aguanta estoicamente, se soporta en el chinchorro, en la infaltable siesta vespertina, de dos a cuatro, la hora del burro, se refresca con ventiladores y abanicos, se sobrelleva vistiendo ligeras ropas, tejidos benévolos como el blanco dril o el immaculado algodón. El río es ambivalente, camarada franco y dadivoso la mayor parte del año, notorio y puñetero traidor cuando se le sube la marea, se le obnubila la corriente y se olvida de sus orillas: “no hay peor cuchillo que el propio amigo” sentencia concedora la popular sabiduría.

En efecto, desde su fundación, en 1569, y sobre todo en su refundación, por Juan de Salamanca, en 1571, el río bribón ha sido un torrente de agua necesario no sólo para calmar la sed y tranquilizar el calor sino también para establecer límites, marcar fronteras, delimitar linajes y genealogías. El Morere es “por muy variadas razones común, comunero (...) porque desde antaño, desde la segunda fundación en el lejanísimo año de 1571, el río común, comunero, ha servido para diferenciar a los caroreños. En primer lugar porque los fundadores, seleccionaron la llanada más sombreada para construir el convento viejo de San Francisco, cuyo huerto se llenó con los árboles frutales que sirvieron de buena y grata comida a las primeras familias que daban de comer al convento para que el convento diera de buen comer a las primeras familias. Cuando las tapias del convento se rajaron porque las primeras familias no pudieron darle de comer a los frailes, entonces se quedó el bosque entre las viejas paredes del viejo convento y la calle Falcón que es un nombre desaparecido, aunque en la Jefatura, en el Concejo y en el Juzgado, pero no en la Parroquia, se siga poniendo al pie de todas las escrituras públicas y privadas Dios y Federación, porque Dios se ha ido de Carora, por lo visto allí no convive con el diablo, ya que nadie pregunta por el Dios de Carora y todo el mundo sabe

que el diablo de Carora sí existe y allí tiene su morada permanente (...) El río Morere común, comunero, nació allí para diferenciar precisamente a la comunidad. Claro está que ya no hay río, sino en las crecidas, cuando el diablo de Carora decide darle unos carajazos a los caroreños, por malucos y por muérganos y por haber echado al fraile y al boticario, riéndose de ellos a carcajadas, con una procesión que hicieron las familias principales para burlarse del último franciscano, el último fraile del viejo convento, salieron en procesión al mediodía, cuando nunca jamás se hacen procesiones a mediodía, con tanto calor debajo de los mesones donde se mecen los santos (...) porque también las familias principales y fundadoras la cogieron con el boticario, muy buen caroreño y muy buen católico, enemigo del diablo de Carora, pero no es antiguo, ahora el boticario creció, creció y creció tanto que tiene la casa más alta de la ciudad, la Azotea, entonces se quiso hacer otra procesión al mediodía, pero como todo el mundo recuerda los inmensos calorones y sopores que empaparon la ropa de las familias principales y fundadoras cuando lo del fraile, prefirieron hacer en esta oportunidad una procesión que comienza con el fresco de la noche, que comenzara a las ocho y terminará a las diez, porque las familias deben recogerse temprano; la procesión fue muy divertida, comenzó con una velada para honrar a la Virgen María, con un verso compuesto para la ocasión; continuó con una pedrea que le echaron a la Azotea todos los muchachos de la Plaza Bolívar, menos Francisco que lloró amargamente durante una semana porque ya no podía comer mangos en el bosque de San Francisco ni practicar en la botica del boticario Doctor Emil, claro, se trata también de que el boticario debe ser turco o algo peor, judío (...) el boticario salió corriendo, las familias principales y fundadoras no quisieron beber cerveza ni cocuy ese día, sino suero y tisana, que ambas bebidas son muy digestivas, muy buenas para dormir sin pesadillas”.

No vayamos a creer que el río travieso y jodedor que inunda la ciudad de Carora es un inmenso mar de agua dulce como el deslumbrante y excepcional torrente que contempló, con sus ojos enrojecidos y aguardentosos, el Almirante genovés en uno de esos viajes largos, corajudos y en carabela, cuando después de virar del rumbo de Trinidad, se topó inopinadamente con las aguas revueltas y tumultuosas de un río milenario e ignoto que no podía ser sino uno de los cinco que riegan los jardines del Edén, esta Tierra de Gracia.

No, el Morere es modesto, pero jodido; chiquito, pero cumplidor; pequeño, pero embraguetado. Tampoco pensemos que es un solitario cascarrabias que no tiene afluentes ni otros torrentes secundarios que lo alimentan siempre, demasiado en ciertas épocas de lluvia, cuando las aguas de cielo y tierra lo alebrestan, alborotan y encabritan para envalentonarlo y ponerlo belicoso, envalentonado cabrón: “este río chiquito (...) echa inundaciones

sólo por joder la pita cuando le sale de las bolas, tiene sus nacimientos en ciertos escondites de las estribaciones andinas, pero toma la mayor parte de sus oscuras, espesas aguas, de las quebradas, zanjones y rendijas y huecos más diversos. Están, por ejemplo, el incógnito río Camoruca con sus fuentes en la serranía Jirajara, como quien va para el Zulia, y la escondida Quebrada del Pescado en la raya de la zona de los Estados Federales de Lara y de Zulia (...) Y ambas aguas se dan un pequeño, cordial y todavía fresco abrazo por las cercanías de Puricaure (...) y, juntos río y quebrada, se constituyen legalmente en Quebrada de Agua Blanca, cuya corriente ya empieza a calentarse, aumenta el caudal del río común, comunero, que ya adquirió su legítimo nombre desde el pueblo de Gamelotal y cuando pasa por Burere, antes del encuentro, tiene ya su fama y forma de Morere, por la margen izquierda le han caído el río Diquiva, la quebrada de Pedregosa, la de Mogollón, la Patillal, la Tetona, y cuanta seca, arenosa quebrada tragadora de lluvias labra las sabanas caroreñas, para no mencionar el río Los Bucares que da su lento asalto por la derecha. Muy ruidoso fue el río en ciertas ocasiones, cuando aguantaba un barquito de madera en su desembocadura en el río Tocuyo que se lo lleva para la mar, la cama común (...) El río le coge la medida a la ciudad a su paso, lento paso, manso paso, del agua mansa líbrame Dios, el Diablo no duerme, sólo se hace el dormido, el río parece tonto pero no es, allí se acomoda para que la ciudad pueda conocer sus alcances, en menos de cuatrocientos años, septiembre de 1569, septiembre de 1935, la ciudad, los caroreños que es lo mismo, se han bebido toda el agua”.

El escritor en ciernes, acostumbrado al río manso, amigo, jovial y juguetón, no puede, a sus nueve años de edad, entender la razón de tanta furia escondida, de tanta ira contenida, de tanta venganza almacenada por parte del río de sus infantiles aventuras. Rememora Morón preocupado mientras Francisco, festivo, escribe a Doña Chayo, mortificada allá en los altos trujillanos de Cuicas: “se hizo necesario suspender las clases, mi querida mamá, porque como usted sabe la Escuela Egidio Montesinos está en la calle del Comercio (...) Yo no sé si usted sabe, mi querida mamá, que la inundación es una gozadera, porque el agua llega hasta la calle de San Juan, la Plaza Bolívar se llena toda como si fuera una playa y en la esquina de la Ceiba se hace un gran pozón, donde nos bañamos, todos los muchachos de la escuela, en calzones y sin blusa, pero con las alpargatas puestas (...) el agua mojó las paredes, despintó las paredes, es como una fiesta mi querida mamá (...) nos bañamos de verdad verdad, nos tiramos desde la acera de la pulpería, porque el agua casi nos tapa (...) nadamos por en medio de la calle, por donde están las pulperías que son las mejores casas de comercio, imagínese mi querida mamá, que de la tienda de Mon Meléndez salían las jamugas para burros sin que nadie las tirara, porque la inundación le llegó por detrás a la tienda, por los solares,

como a la pulpería de los Arispe, Mi Tin Arispe salía de la pulpería con los casimires y los driles en la cabeza (...) porque yo no sé si usted sabe que la inundación es porque hay una quebrada llamada el Chorro, que está en las cabeceras del río Morere, por allá muy lejos (...) la Laguna de la Cabra se llena hasta los topes, la quebrada El Chorro comienza a crecer, será con la lluvia de Cuicas, porque como allí llueve tanto, entonces el agua rueda por los cerros de El Empedrado hasta llegar a Carora donde nunca llueve, sino un poquito, las aguas llegaron de noche, mamá, sin lluvia y se quedaron tres días en la esquina de la Ceiba, parecía una fiesta la inundación (...) Dice El Diario que Carora está inundada y que esta casa se cayó debido a las inundaciones (...) Claro está mi querida mamá, que El Diario dice siempre la verdad, aunque la diga al día siguiente”.

La verdad verdadera es que la inundación, según parte oficial de la época, desentrañado del polvo y los hongos por el acucioso y detallista Morón que, cual Belalcázar en el Marañón, remontó los cauces del río enardecido para conocer mejor las fuentes que dieron origen a la crecida irresponsable, responsable de inconmensurables perjuicios a viviendas, plazas, jardines, gentes, máquinas, reptiles, semovientes, potreros, pulperías, escuelas, iglesias, insectos, capillas, pájaros, animales de corral y utensilios de muy diferente uso y fin como el alma de la gente; fue simple y llanamente una verdadera calamidad, a pesar de la fiesta que armaron los desentendidos muchachos y del comprensible júbilo de Don Filemón de Arucas, quien se echó también a la calle “en calzoncillos, con su palomita fruncida y con las nalgas deseosas de tragarse toda la inundación con todos los muchachos deliciosos que le entren por su cagalera blanca y ansiosa, la inundación es una gran oportunidad que Don Filemón no se resiste a dejar de aprovechar con todas las consecuencias catastróficas que su noble acción pueda acarrearle, a coger muchachos se dijo Don Filemón y se echó a la calle con el agua hasta las nalgas y en calzoncillos”.

El Morere además de hipócrita es hermafrodita: falo y vagina, pinga y crujía, pene y útero, cuchilla y jícara, penca y ponchera, regato y laguna, ambos géneros es el río a la vez. Ambivalente, dual, se rebosa para colmarse en solitario orgasmo, existe para ser indistintamente espermatozoide y ovario, testículo y trompa, tranca enhiesta y cuca benevolente. En fin, el río bisexual de la Emperatriz Carora es así de contradictorio: inundación y remanso, desbordamiento y receptáculo, arisco y querendón, recio y obsequioso. Sin embargo, dándose las de macho río presuntuoso no quiere ser confundido, identificado, asociado con las pozas, en femenino, y por eso, para resguardar su torrentosa virilidad, se alborozaba porque los caroreños jueguen y se bañen en sus masculinos pozos, en sus vigorosos pozones, a saber:

- **En el primer pozón**, “contando de Norte a Sur, es decir, desde el sitio donde el río se despide de la ciudad, adiosito, pues, me voy a río Tocuyo, y no vuelvo porque el amante que me daba ya no me da, se bañan las gentes que viven regadas en las faldas del Cerrito de la Cruz, donde está la capilla; también acuden a La Chorrera los muchachos de la Playa de Freites, que extiende sus tejos resquebrajados, sus cujiales y cardonales, detrás de las ruinas de la Divina Pastora”.
- **En el segundo pozón**, la sociología caroreña adquiere una peculiaridad difícil de clasificar, tal vez porque es el predio de Rafael Mejías y la cuerda del Trasandino. En el pozón de Los Saucitos fue donde aprendió a nadar Francisco (...) del pendejo empellón que le dio Rafael Mejías, no para que se ahogara, sino para que aprendas a nadar, a dar ripatazos, a zambullirte, a saltar de los sauces que por eso se llama así este pozón, por los sauces de la orilla, uno puede encaramarse como la mona de Tarzán, porque ni Tarzán es capaz de tirarse de cabeza desde el sauce más alto, aquí donde se bañan los muchachos de esa parte de la ciudad que han crecido hacia las afueras, el Trasandino, Pueblo Aparte, Pueblo Nuevo, la Calle Carabobo, y El Cementerio Nuevo, puros cipotones que parecen bandas de alcaravanes cuando bajan por las calles centrales, por la Torres, la Bolívar y la Lara, desde donde ya desnudos se lanzan a las aguas turbias, arenosas y espesas del río podrido de peces muertos o borrachos, porque de pronto sin ser inundación, el Morere da su crecidity, y ésa es la época de la muchachera nueva, atrevida, guapos todos se van a nadar al pozón de Los Saucitos, las clases insurgentes, el porvenir de la ciudad, los muchachos —dice con voz suave Don Agustín Oropeza— que serán los profesionales, los nuevos dirigentes de Carora, ahí van, salidos de no se sabe dónde, a desnudarse en público sobre el Puente Bolívar, a la vista de la ciudad, desde la baranda del puente se tiran de cabeza y nadan, poderosamente, alegremente, a la mierda la ciudad para salir en el pozón de Los Saucitos”.
- **El pozón de La Rosa**: “está escorado detrás del acueducto, donde el río le hizo una mala jugada a la vieja ciudad, por vengarse del acorralamiento que los fundadores de los apellidos le hicieron a los franciscanos del Convento. El río, después que se cayeron las paredes de San Francisco, después que echaron a Fray Ildelfonso, decidió cubrir toda aquella vasta memoria del pasado, se dio una curveada, se comió la orilla derecha, les tumbó las patas a los robles, para que los robles cayeran sobre los techos del viejo convento, siguió empujando el río, pasó por encima de las ruinas,

las deshizo, pudrió las maderas de los techos, se lambió los altares, hizo ñoña de los sillares, ultrajó lentamente las imágenes, volvió a la tierra todas las tejas, todos los ladrillos, todos los adobes de las paredes y convirtió en greda el espacio de claustros, capillas, corredores, cocinas, patios, ya nadie puede imaginar dónde floreció el viejo tamarindo del convento (...) porque el río decidió cambiar su camino, pasar sus aguas arenosas por encima del convento y de la calle más antigua, la vieja calle principal, llamada del sol, por el mucho que sobre ella caía al mediodía, achicharrante, inclemente, blanco de tan sol que era, la primera calle real que ahora es el pozón de La Rosa, donde se bañan sin desnudarse, las muchachas y las señoras blancas de la plaza (...) Y se llama de La Rosa, porque mano Ton La Rosa estaba en un roble por la miradera, y no aguantó tanta belleza, quiso desabotonarse la bragueta, no pudo sostenerse con las otras tres manos y cayó, desde bien alto, al pozón, en medio de las mujeres, y claro, salieron corriendo como gallinas cuando entra el zorro, todas las mujeres, pero el zorro se ahogó, por mirón”.

Pero ningún pozón, poza, charco, pozo, como el de Chicorías que, en emotiva opinión y festiva vivencia es añorado por el escritor “como el más famoso y el más hondo de todos los pozones en que se divide el río Morere y la sociedad caroreña. Su fama proviene de las asambleas que aquí terminan a ripatazos, a trompadas, a puños de arena y a malas palabras entre los grupos que conforman la asamblea de muchachos”

El pozón de Chicorías, la otra ágora, el foro republicano de la Carora juvenil, la asamblea compartida por Francisco y sus compinches, es también como la placita inventada, el cabildo acuático de toda la muchachada caroreña, sin distinciones de raza, sexo, credo o condición social: “siempre está lleno, es el más hondo, el más ancho, el más movido, grandes orillas, fondo arenoso para las peleas de las bandas que aquí se retan, la asamblea de la Plaza Bolívar, con lo más granado de las dos Escuelas juntas, unidos los blancos de la plaza, pobres y ricos juntos, zapatudos y alpargatados del origen común, pelo-amarillos y pelo-negros de genealogía confundida en los abuelos comunes”.

Ese festivo pozón debe su nombre a Francisco Arias, el célebre artesano y gran cazador de iguanas, que era más conocido como Chicorías “por abreviatura, apócope, remoquete, apodo y verdadero nombre” como suele ocurrir con todos los naturales de la villa que ven sus nombres y apellidos originales transformados en un alias que sustituye pronta y definitivamente a los legales y familiares de por vida y más allá de sus muertes. El mentado Chicorías “se bañaba en el pozón todos los días del mundo, como hacen todos los caroreños, por el calor claro está. En el

pozón de Chicorías se ahogó Chicorías en la inundación que hubo cuando Juan de Salamanca tuvo que refundar la ciudad porque la anterior se la había llevado el río con vigas, paredes, gallinas, puercos y todos los loros y víveres que entonces tenían los caroreños. Por eso es tan antiguo, famoso y hondo el pozón de Chicorías, donde se reúne la asamblea de asambleas de los muchachos de Carora”.

El pozón es paradójicamente famoso, por la risa y el llanto, por la celebración de la vida y la lamentación de la muerte, por su anchura espiritual y su hondura física, en él además de Chicorías se ahogaron “Las Hermanitas, que eran todas de una sola casa y de una sola escuela fundada exclusivamente para ellas, por una maestra traída expresamente desde Curazao con ese objetivo, el de darles clases a las veinticinco hermanas (...) Un día la maestra convenció a la mamá de la conveniencia del sol para que Las Hermanitas no fueran tan pálidas. A coger sol se fueron a la orilla del río, cerca de los resbaladeros del pozón de Chicorías. Como había mucha soledad la maestra se desnudó para coger mejor el sol. Y también se desnudaron las veinticinco Hermanitas. La maestra de Curazao se sentó a la orilla del río, en la parte alta de los resbaladeros que se llaman así porque la arena es suavcita, húmeda y lisa y sirve para resbalarse desde arriba, de la orilla, hasta el pozón de Chicorías, pero la maestra no lo sabía, se sentó desnuda y, por supuesto, sin que nadie la empujara, se resbaló como si fuera un tobogán de Curazao, porque en Carora no hay toboganes; entonces las veinticinco Hermanitas creyeron que ellas debían seguir a la maestra de francés, y como estaban desnuditas, hicieron lo mismo se resbalaron por el resbaladero llenas de risa que todavía la tienen pintada en el monumento que les hicieron —menos a la maestra— en el Cementerio Viejo, un monumento de mármol blanco con letrero así: Ahogadas en el pozón de las Chicorías el 24 de enero de 1848, con maestra y todo”.

Otra joven y agraciada adolescente que se ahogó, recién, en el Pozón del Olvido de Chicorías, después de una viva recordación, de una intensa pesquisa por los derroteros de la memoria del escritor y la de sus amigos de la pequeña Carora de entonces, luego de unos ansiados deseos de hallarla, de ubicarla, de saludarla nuevamente ¿Dónde está? ¿Qué fue de ella? por parte de Francisco, su pueril y callado admirador, fue Hilda Romero: “He vuelto a la ciudad, inesperadamente. Desde la acera de Che Torres a la acera de mi casa (...) Fue cuando divisé nuevamente a Hilda Romero, porque ya era de día, en la puerta de su casa. Me vio bajar, limpiamente, frente a ella. Entonces me acarició con las dos manos. Y me dio la noticia: Hace ya mucho tiempo me ahogué en el pozo de Chicorías”.

El río chiquito, hipócrita, dual, insolente, el Morere, también es pícaro, ladino, voltario, vacilador. En unas épocas del siglo se va de aguas para

inundar todo y a todos, y en otras, se deja de ellas para chupárselas todas hasta atorarse y dejar, avieso e indolente, que la sequía se instale en Carora a sus anchas, con su presencia generalizada, ubicua, indeseada, para que todo se seque, se seque todo: “Todo seco el seco paisaje. Un árbol seco. Un tunero seco. La sequedad más seca. El güeco seco del jagüey. Los huesos del chivo, secos. Pelada la laja seca. El corral encagarrutado, reseco. La tinaja áspera, agrietada, seca. Ni un solo movimiento en el aire, el aire seco. La playa agrietada, tejos secos. Un yabo ayagrumado, seco. Las raíces secas del cují. Se secó el loro, sin lengua. El camino pálido, secado. Se tostaron las páginas del libro, secas. Se secó la última lágrima. Quedó roto el cuatro, seca la segunda y la cuarta. El sombrero de paja seca. Seca la suela de la alpargata. El bastón quebrado de secura. Se le secó la mirada. La mitad de la tapara de suero, resecada. Seco el suero. Sin sal la seca mochila. Cacuro la matejea, seca. Enteca la chicharra seca en el techo seco. Seca la pared. Tapia seca, cal. La paja chiquita, amarilla, secano. Retostado el seco almanaque, página final. El retrato seco. Seco el recuerdo. Olvidado el seco olvido. Sequedad de la memoria. Historia lapidada con seca piedra. La pelada cabeza seca del catanejo. Lagarto parado en seco. Detenido el río seco. Viejo seco. La lengua seca. La ciudad muerta en seco. Arenal, sequedad. Seca el alma seca”.

6. El gallo seductor y las mujeres seducidas

El amor no es una epidemia, el amor no es un hábito, quizás el amor sea una rosa y un clavel, una amapola, un cundeamor, una flor amarilla del camino...

La seducción es la tarea favorita del ser humano, en permanente celo, sin su ejercicio y ejecución no tendría sentido la vida ¡Vive la différence! dicen con erótica razón los franceses, esos francos que tienen el gallo como símbolo de patrio orgullo ancestral. El jactancioso gallo galo canta cocoricó y no kikiriki como los pendencieros gallos de Carora porque el calor y el diablo alteran todo, hasta la onomatopeya, incluyendo también las hormonas de hombres y mujeres que sólo se reconocen mujeres y hombres en la cópula bienvenida, en el orgasmo compartido, en el coito que diferencia e integra a la vez.

Francisco nos traslada con reales y vividas imágenes, sin metáforas pudibundas, sin parábolas puritanas, sin alegorías mojigatas, a una sexualidad ajena y personal que pone sobre la página saliva, sudor y semen cuado de sexo puro y simple se trata, así como candor, inocencia e ilusión cuando es un adolescente enamoramiento el conductor de sus letras. Amor con sexo, sexo sin amor, ejercido por un gallo inconfundible, con G mayúscula, acicalado con doradas espuelas y soleadas crestas que adornan sus galantes dotes de caballero andante, y sus recias habilidades de jinete en la montura de su negro caballo moteado y de las incontables mujeres de diferente sabor de boca, tamaño de pie y color de tez que bien hablan de su canto cumplidor en corrales criollos y de ultramar.

Conoce el escritor que en sus recatados caseríos, en las reducidas comarcas, en las menguadas villas interioranas, el sexo, su placer y su disfrute, el personal y el de contárselo a los demás compinches que escuchan embobados las aventuras sexuales reales e imaginarias del adolescente fanfarrón, es una sucesión de actos que va in crescendo: se inicia con la candidez de la imaginación, continúa con la reiterada paja, aumenta con el polvito fugaz con las puticas del pueblo y se consolida con el orgasmo adulto con la puta de verdad, la sabia y sabida, la amiga y respetada como tal, antes de ser oficio plenamente conocido para ser ejercido con maestría con cualquier hembra aguende o allende.

Dejemos que la pluma de Francisco sea esta vez la chula, la alcahueta, la pantalla de nuestro voyeurismo, de esa curiosidad malsana, pornográfica sin dudas.

- **La imaginación de la cópula:** Figurando la relación con la hembra comienza la práctica del sexo: “Francisco liquida el sueñito y sacude la perezita, cuando el brazo derecho se libera de su oficio de almohada y su brazo izquierdo resiste la tentación de conducir la mano a la ingle, a esa palomita lampiña, como una tripita estirada, el cuello y el pico de una tortolita con sus dos huevitos en el nido, entre las piedras calientes del segundo patio, donde las tortolitas se picotean, se tocan las alas, se jurungan las plumas y hacen sus cositas para poner huevos en sus nidos donde nacen los pichones”.
- **La paja:** Ampliamente practicada por adolescentes y adultos sexualmente estimulados por un sueño, una imagen, una lectura, un recuerdo, una conversa, unas ganas momentáneas, un picón, una teta de mujer, un vellón púbico, unas nalgas paraditas, también conocida como Manuela, la puñeta, o amor propio en las comarcas carorenses y cuiqueñas, en todo el país, es el recurso más literalmente a mano con que cuenta un apasionado varón púber e inexperto como Francisco, a fin de catequizarse en la muerte pequeña del orgasmo: “—Chelena me enseña las piernas, Antonio —¿Y el culo no te lo enseña? —¿Cuál es el culo?, vale. —El culo, pendejo, cuál va a ser pues. —Tú dices las nalgas blanquitas de Chelena. —No, chico, el culo es lo de adelante, por donde se coge a las mujeres ¿tú no has cogido a Chelena? —No vale, cómo me la cojo, yo no sé coger, Antonio, por eso me hago la paja de noche, en el patio, cuando Chelena me deja verla desnuda. —Y Chelena deja que la veas desnuda, en el patio, ah diablo, y no te descubren en la casa.
- **Las puticas:** Orgulloso y conoedor informa el Jefe Indio de la cuerda de Francisco en la villa: “las putas de Carora son las siguientes, en primer lugar, la Vieja Zoila que cobra un fuerte por fila de a diez, Dorita Lameda que hace la paja gratis en el cine Salamanca a todo el que se le arrime, La Loba que deja la marca de sus fuerzas con los arañazos donde se quiera, a real por arañazo, Angélica en Campo Lindo, detrás de la planta eléctrica, a un bolívar, la Goya que tira en El Matadero, detrás de la quebrada, sólo con goditos porque cobra dos bolívares y si el godito es poeta se lo da gratis, como Luis Alberto La Lagartija, la Güicha no se acuesta con mocosos, sólo viejos, godos y ricos (...) quién más, Jefe Indio, sigue, se levantó el griterío de la república de los muchachos de la Plaza Bolívar, La

Cara-e-chivo, mamá de la Loba y su maestra, y por último, la que tenemos reservada los jefes como yo, Bartola La Bellísima, alta color claro cariblanca, en el Barrio Torrellas. Cuando terminó de hablar Oscar Oviedo la república de los muchachos del sexto grado no aguantó más, a carcajada batiente (...) salió corriendo todo el mundo (...) a vagabundear al río; corrió toda la república hacia los resbaladeros del pozón La Rosa, rápido, vuela a cogerse las putas de Carora con la imaginación, pintadas en el barro a la orilla del río, total ya vamos a ser hombres y al carajo los Obispos”.

- **La puta amiga:** Sin lugar a dudas, sin vacilación alguna, este sitio de honor le corresponde a María Casquitos: “para qué nos vamos a hacer la puñeta si para eso está María Casquitos”, la prostituta amiga, quien lasciva y conocedora, “escucha atentamente y sabe. Ese ruido, esa algarabía, ese tropel es ciertamente suyo, el que a ella corresponde porque ya va a ser mediodía, de una parte, y porque hoy es sábado, de la otra. María Casquitos se alborozó, levanta orgullosamente la cabeza, alza sus hermosas orejas tibias, cubiertas de un vello fino y blanco, las cálidas orejas de María Casquitos quieren cantar con la risa de su fiesta. Cuando siente la cercanía de sus amigos todo el cuerpo de María Casquitos se pone tenso y en posición de jolgorio. Mueve las piernas, las levanta, coquetea con ellas, estiradas, redondas, María Casquitos saborea el juego semanal, los gloriosos sábados en medio de sus amigos. Ellos, los amigos, aman el tiempo de estar con la amiga, en la sombra de los cujies, cerca del río, el calor se amortigua por el ruidito suave del agua turbia, arenosa, perezosa (...) En cuanto los oye venir, en cuanto los siente llegar, corre, en trote ágil, en altivo galope sensual, hacia el lugar de la cita. Nunca permite que ellos lleguen antes. María Casquitos es gentil, buena anfitriona, delicada en sus modales. Ella estará en su casa a la ansiosa, hermosa espera de sus amigos, los muchachos de sexto grado de la Escuela Egidio Montesinos”.

En las comarcas de Trujillo, por los lados de Cuicas, Arenales y Las Virtudes, por Carache, Chejendé y hasta los lejanos Puertos de Altagracia en el estado Zulia, quien anda suelto no es el Diablo como en Carora, sino El Gallo de las Espuelas de Oro, muchas veces confundido por crédulos, inocentes o ignorantes con otros seres, animales, entidades fantasiosas, bragueteras y culiadoras también, que se dan a la tarea de preñar mujeres advertidas o carajitas sin advertencia, aquí, allá y acullá. Francisco explica prontamente cuáles son las características y habilidades de esos personajes para que, en ningún momento, ni por equivocación, sean confundidas o comparadas con el inimitable y exclusivo Gallo de las Espuelas de Oro, el

de El Tendal. Aclara el escritor hechos, circunstancias y personajes que pudiesen prestarse a confusión:

- “Teresa Querales oyó, como si viera, cuando **El Salvaje** tomó posesión de Teresa Querales, allí mismo, sobre las hojas de maíz, sobre las tusas apiladas, sobre el maíz desgranado. Llegaba la hora de morir, cuando El Salvaje, silencioso, salía del monte, a la hora del desayuno tardío, a tomar posesión de Teresa Querales. Entonces se repetía la historia, eternamente, Teresa Querales dejaba la sala, Teresa Querales dejaba la cocina, Teresa Querales dejaba el patio y volvía a estar cada una en su sitio, quince años, preparadas para cuando volviera El Salvaje desde el monte a lo suyo”.
- “Estefanía Carrasco baja a la quebrada, donde el agua es más limpia que el agua de la pluma pública. Estefanía Carrasco es mujer silenciosa, ni chispa de embusterías en su boca. Estefanía Carrasco sube a su casa con la tinaja sobre el rodete de su pelo negro, que cuando se suelta el pelo le llega hasta los tobillos, La mano derecha de Estefanía Carrasco está abierta sobre la panza de la tinaja, qué palmera ni qué palmera, un arco iris el brazo. El Silbador silbó a Estefanía Carrasco y sin tocarle una uña la dejó lista para parir”.
- “Ramona Trompetera vive alegremente. En su jardín que está en los maceteros, en las paredes, en los techos, hay magnolias. Las palchacas, grandes como auyamas, saben a vino crudo o más bien será a chicha vieja, no lo sé. Pero Ramona Trompetera no es mujer de soledades, Vive con mucha gente en una casa entejada, enladrillada, empuertada y enventanada, de Arenales. Muchos ojos siguen sus pasos por todas partes. Pero nadie vio al Chivo Negro que en el trapiche de enfrente encontró sola a Ramona Trompetera”.
- “El gallo de Filadelfa Ramos se llama **Pico de oro** porque tiene el pico amarillo; también son amarillos los ojos”. Aclara nuevamente Francisco para diferenciar y poner los gallos en su sitio, que este “gallo rijoso, pataruco, muy picotero, muy bravo, pero que no sabía coger gallinas ni cantar : Era (...) un gallo clueco, se conformaba con poner las alas tiesas, alzar la cabeza, como si se preparara para la pelea del amor, como si quisiera hacer creer que era capaz de enfrentarse a otro gallo; su rijosidad era sólo aspaviento” no tiene “nada que ver con **el Gallo de Las Espuelas de Oro y de la Cresta de Oro** que sale en El Tendal”. (las negritas son nuestras)

Ciertamente, no existe en gallinero alguno del planeta, del sistema solar, Gallo como el de de las Espuelas de Oro y la Cresta de Oro. Dejemos que Morón, en esta suelta, alabanciosa y elocuente cita nos describa, caracterice, precise, ordene, las virtudes y dones de este libertario trujillano que no soporta corral y no hay gallo que no le tema ni gallina que se le resista: “Es un gallo muy fino, siempre derecho, limpio, tiene el pecho colorado, las plumas de las alas son negras, el lomo plateado, los ojos brillantes, alumbran de noche como si fueran dos candelas en el cielo; el Gallo de las espuelas y de la cresta de oro tiene su casa tejida por rayos de sol en lo más recóndito del monte (...) el gallo vive solo, tiene la particularidad que nunca duerme, ni de noche ni de día, pero no le hace falta el sueño, siempre está fresco y descansado, por el día no duerme y por la noche no duerme porque su casa está hecha con rayos de sol. El gallo de las espuelas de oro se gana a todos los gallos (...) Otras veces el Gallo de la cresta de oro se aparece en los pueblos donde hay fiesta (...) se aparece en forma de hombre, con flux de lino blanco, zapatos negritos y brillantes, la blusa cerrada con quince botones de oro, un bastón también de oro y lo que es más lindo, con todos los dientes de oro, en la noche no hacen falta las luces en la sala de baile porque el Gallo de El Tendal, como si fuera un hombre, ilumina todo, y canta y baila y habla como si fuera un bachiller el condenado, cuando se fue de Las Virtudes dejo preñadas, sin que nadie se diera cuenta a todas las mujeres del pueblo —*menos a la Niña Chita para quien no tuvo canto el gallo, ¡hélas! acotamos nosotros*— porque el Gallo de las espuelas de oro es un gran empuñador, todos esos muchachitos blancos y pelo amarillo que hay entre El Vigía y Arenales, y por los lados de El Empedrado y todos los muchachitos pelo amarillo de Carora y de Trujillo que a veces vienen a pasear en Cuicas, es porque el Gallo de El Tendal echa sus caminaditas por esos mundos, porque entra a las casas aunque las puertas estén trancadas, las ventanas bien cerradas y aunque no haya ni un resquicio en el techo de las casas, el gallo de las espuelas de oro y de la cresta de oro es el mismísimo diablo que tiene su casa de sol en lo más tupido del monte, en El Tendal”.

Con la madurez de cama y lecho en el texto, la experiencia orgásmica en la carilla, la diversidad femenina en su respectivo catálogo, los sucesos de chinchorro y las aventuras de hamaca bien documentados, el escritor aprendió en sus avatares de gallo rural, ciudadano y cosmopolita que mujeres hay muchas y variadas, empero, al final, hay sólo dos categorías de hembras en el mundo: **las que están muertas y las que se dejan seducir**, con excepción por supuesto, de Doña Helena la Pelona “que siempre está escorada en la ventana de su casa de la calle Bolívar, cerca de San Juan, con su camisión blanco, las manos alargadas, sin dientes, coco raspado (...) los muchachos le tienen pavor a Doña Helena la Pelona, pero no pueden dejar de atender a la pobrecita que lo que está es loca

porque la dejaron soltera sus papás y sus hermanas que sí se casaron esas condenadas dice Doña Helena con sus ojos saltones,” o de “Carmencita Zubillaga, la más dulce de las mujeres viejas, Francisco incluso escucha su rezo, la ve cubierta como si estuviera en la Iglesia, con su rosario enredado en la mano derecha, una casa sombreada, de paredes gruesas, olorosa a pan fresco, con algunas flores cerca del comedor, las dos Zubillaga, viejitas, bellas tan feas de rostro que no se les nota de buenas que son, viven todas allí con sus recuerdos (...) Carmencita Zubillaga la más bella de todas las feas de la ciudad antigua”.

Francisco, lenta, pacientemente, a fuerza de precaria memoria y con el prodigioso condimento de la imaginación, va construyendo, una a una, su personal e intransferible catálogo de las mujeres, de las suyas y de las ajenas. Son el gozoso inventario de las aventuras cortesanas, verdaderas y de ficción, de un gallo tricolor que voló alto, más allá de las nubes, como cóndor paramero, para cruzar primero el mar por donde llegó en carabela el primer Morón por los lados del Tocuyo, y después a más altura todavía, a toda ala, cruzó la mar Océano para arribar al Puerto de Palos, donde se inició la temeraria travesía que le permite ser lo que ahora es: caroreño, cuiqueño, venezolano, gallo de El Tendal.

Muchas son las historias de lecho y cama que Francisco Casanova recoge en sus memoriosas y eróticas páginas para lujuria ajena: nombres, lugares, nacionalidades, color de piel, maneras de tener sexo, de hacer el amor, y las insólitas y variadas tácticas que utiliza el gallo dorado para que las gallinas cacareen de placer, en diferentes idiomas, pueden ser apreciadas en este plural Catálogo de las mujeres, que es también el elenco de su varonía.

Acompañemos al Gallo de las espuelas y la cresta de oro, en su vuelo por vetustas huertas, olvidados caseríos y ancestrales cortijos, donde quedó servida en algún fugaz gallinero una mujer de sonoro nombre, fruto de un picotazo aquí, de un aleteo allá, de un revoloteo más allá, en fin, de ese irresistible canto mañanero y seductor que despierta y aviva las ganas de yacer con hombre en la mujer, porque así como hay beatas y santas, vírgenes y feas, doncellas intocadas, también las hay, aquí y allá, en Arenales, Cuicas, Carora, en Londres, Munich o París, féminas brinconas y alebrestadas, indómitas e insaciables, ninfómanas con vocación de amante efímera, de puta de oficio, gustosas de variar de lecho y de disfrutar a gusto, toda para ella, de la paloma pelada, de la pinga enhiesta, de la rígida tranca : “Fue así, día a día, noche a noche, como Juan Pérez se acostumbró a Olegaría Marchena. Pero el amor no es una costumbre. El amor es el amor. Como el sexo es el sexo, esa cuchumina que yo tengo es independiente de mi voluntad, está ahí, se duerme a veces, pero despierta

a cada rato y yo no sé lo que le pasa, como una culebra se despierta, como una gata se despierta, y se pone a gritar sus groserías y a llamar al hombre, a cualquier hombre, la soledad es como una gran sed, como una candela, yo siento cuando la cuchumina se despierta, no soy yo, es mi cuerpo, yo tengo que trabajar, yo tengo que barrer la casa y el patio y la culata, agarro duro la escoba y barro, y barro, y cuando todo está limpio y oigo berrear esa lavativa que no está dentro de mí, pero sí está, como el diablo, como calcula que es el diablo, calcula maldito convertido en cuchumina, independiente de mi cuerpo y de mi pobrecita alma, tendré más bien sólo el cuerpo, el alma es la cuchumina que no se queda quieta, que arde como una brasa de guayabo, arde, arde, días enteros, sin llegar a convertirse en ceniza, yo quiero apagarla, le digo ternezas, cuchumina bonita, estrellita azul, pajarito del monte, caballito del pozo, mariposita amarilla, pedacito de arepa, y como ella sigue con sus ladridos, la insulto, piedra negra, pozo oscuro, perra caliente, burra sin burro, bosta seca, yagrumo, gusano, y ella vive, late, grita, furia que no soy yo, menos mal que llegaste Juan Pérez porque la cuchumina no me deja trabajar”.

Cuenta Francisco que en sus mozos años de escuela rural conoció a Jelitza, muchachita honesta que “asistió a la escuela con espantosa puntualidad (...) En el primer grado Jelitza asistió a la escuela con silenciosa puntualidad (...) En el segundo grado le ocurrió a Jelitza un solo cambio importante. Y fue un lacito azul agarrado en las greñas del lado izquierdo (...) En el tercer grado hubo cambios relevantes en la personalidad de Jelitza, indicadores de su futuro y buen porvenir. Primero y principal Jelitza se peinó, una raya blanca, con tiza, en la mitad de sus dos crenchas que no eran trenzas. Segundo y muy importante el lacito azul creció como una mariposa y cambió de lugar, entre la derecha y la frente, en un difícil equilibrio. Y al camisón de Jelitza le nacieron pliegues y un faralao verde como amarrado, más que cosido, en algunos puntos del ruedo. ¡Notable cambio en Jelitza! En el cuarto grado se pudo notar cómo se abultó la barriguita, otrora plana, de Jelitza. Fue el comienzo de una radical transformación, ocurrida en el quinto grado cuando Jelitza se puso verde en lugar de morenita; se le rompió el camisón y le colgó el faralao. La barriga de Jelitza trastornó el orden de toda la escuela hasta el final (...) En el sexto grado la naturaleza hizo sus operaciones. Los puntos clave de Jelitza llenaron de asombro mis preocupaciones y un cierto desasosiego se posesionó de los varones más altos de la escuela. La mamá de Jelitza (era de nuevo diciembre) me hizo de nuevo el reclamo. Ella estaba tranquila con sus lombrices. Ahora no para de hombre, porque ya cogió el oficio”.

El Gallo ya no vuela alto y altivo como antes, ahora más bien planea y evoca, no madruga, duerme la siesta, se acuesta tarde, añora, se entremezclan, se le confunden, las hembras y las circunstancias, rememora,

gallina criolla menos, gallina forastera más: la insípida belga, la frígida bretona, la bizca germana, la pícara parisina, la virgen inglesa, la mullida alemana que no pudo montar Francisco porque no se le paró el pico y se le fueron los gallos, la complaciente rumana, la olorosa italiana, la rústica magiar, la sapiente salmantina, la chismosa catalana, la ruidosa andaluza, la gala con morbo, ¡zápe! Francisco reconoce sus falencias y angustiado se pregunta: “Yo conocía los nombres. ¿Por qué los habré olvidado? Había especialmente uno de ellos, los nombres. ¡Si pudiera recordarlos! Debo escribirlos, como hacía ella, en papelitos recortados, en los márgenes de los libros, en las orillas del periódico, en pedazos de sobre cuyas señales ignoro, en programas de teatro, en la parte en blanco de propagandas sin interés, debo escribir los nombres olvidados”. Y un nombre con apellido acude lejano desde el caserío de Cuicas para acompañar a otro también remoto procedente de la villa de Carora, llegan súbitos ambos para aletear los recuerdos y lagrimear el texto, el Gallo a sus ocho décadas “se empeña en darle rienda suelta a la memoria hija de la imaginación” y por azar deliberado aparecen juveniles, bellas, risueñas y vaporosas:

- **Imelda Moraúr:** “tiene el pelo rojo. Cuando se suelta el moño de ir a la escuela, muy bien tejido y aderezado con un lazo rosado que no termina de encajar en la cabeza toda colorada, como la cara, el pelo rojo de Imelda Moraúr se riega como un chorro de candela por la espalda, por los hombros y por los pechos de esta carajita de catorce años. Levanta el rostro y se ríe sin carcajada. La boca está hecha de pomarrosas. Es ronquita su voz para echar los cuentos de aparecidos y para repetir las historias de los libros de primaria. Imelda Moraúr llena toda la primera página, con moño y sin moño, camina con la cabeza levantada, piernas firmes, llenas, adosadas al cuerpo de guayaba pintoná. Un día Imelda Moraúr esperó a la puerta de su casa, sin rubor. Se había soltado prematuramente el pelo rojo. Estaba allí, en la puerta franca de su casa, como una estrella. Imelda tocó mi rostro con ambas manos. Desde entonces no he vuelto a llorar con tanto gozo”.
- **Hilda Romero:** Francisco, Guillermo, el Gallo, también lloró, ya no de gozo sino de nostalgia, la tarde en que recuperó del olvido a Hilda Romero para ahogarla por siempre en el festivo pozón caroreño de sus más juveniles ardores. Recuerda el escritor: “la casa de Hilda Romero no está en la calle de San Juan (...) Encima del dintel, así se llama en Carora la parte alta de las puertas, del contraportón no se encuentra una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, pero sí un letrero pintado por el propio Pastor Mister Jordán, tarea que lleva a cabo cada vez que logra conquistar a una familia entera para su Iglesia Nueva de Jesucristo. El letrero está

pintado con letras muy claras y alargadas, recta la leyenda y no en arco como se pone en las casas tradicionales y católicas: ésta es una familia católica; en cambio el letrero de Mister Jordán expresa una propiedad especial Dios está en este hogar evangélico. Esto significa que Hilda Romero se bautizó dos veces, la primera en el pueblo de La Candelaria, en La Otra Banda” y la última de cuerpo entero en el Pozón de Chicorías.

“Mi querida Maricuca hoy cumpla ochenta años, pero no me rindo”, un mozo de apellido Viloria, que es del mismo linaje trujillano de Escuque y también tiene familia en la Ciudad del Portillo de Carora, está escribiendo un libro sobre lo rural en mi obra. Enrique Viloria Vera escribe mucho, demasiado dicen sus amigos, hace unos días me encomendó un prólogo para uno de sus libros y con gusto escribí lo siguiente: “En Salamanca, donde el magnífico poeta y lúcido prosista Alfredo Pérez Alencart le sigue la historia a las luces y a las sombras de la ciudad y de las Universidades, estudió *El Tostado*. Recuerdo las conversaciones que, en los años cincuenta poco más o menos, sostuve en la biblioteca de Rafael Cansinos Assens (1883-1964), un erudito sin tregua, conocedor de idiomas antiguos y modernos, traductor para la Editorial Caro y Raggio y también para la de nuestro gigante Rufino Blanco Fombona (1874-1944), la famosa en aquellos largos años desde 1914 hasta más acá de 1936, cuando trabajó en Madrid, Editorial América. Don Rafael se refería a Don Rufino con la frase “era un Tostado”. Sucede que también él lo fue. Se refería a la fama de Alonso de Madrigal Tostado de Rivera, un Teólogo nacido en Madrigal de las Altas Torres, quien vivió tal vez entre los años 1400 y 1455. Fue Rector del Colegio de San Bartolomé en la ciudad de Fray Luís de León (1527-1591), de Miguel de Unamuno (1864-1936), de Antonio Tovar y de Don Alfonso Ortega Carmona, perínclitos varones de la inteligencia y de la cultura si no resulta un pleonasma eso, inteligencia y cultura, ya que perínclito es un superlativo de rango aquí bien usado. Parece ser que la fama de *El Tostado* se asentó no sólo en sus actuaciones que lo llevaron a formar parte del Concilio de Basilea en 1437-1444 y a ser Obispo de Ávila en 1449, sino por su extraordinaria capacidad para escribir con erudición y memoria que asombra a los bibliógrafos y a los diccionarios, pues sus Comentarios a la Sagrada Escritura llenaron veintiún tomos. Su extensa bibliografía se recoge en el Manual del Librero Hispanoamericano de Antonio Palau y Dulcet (Madrid-Barcelona, 1954-1955, tomo octavo, págs. 58-61). Quien escribió también “más que *El Tostado*” fue Don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), sin que se le quede atrás el Insigne Don Francisco Rodríguez Marín (1855-1943) cuya edición de *Don Quijote de la Mancha*, en los diez tomos de 1950, tiene un “comento refundido y mejorado con más de mil notas nuevas”. ¿Y don Enrique de Gandía en Argentina? “Escribe más que *El Tostado*” es, o era, una frase de elogio a

los maestros de las letras, eruditos, sabios en humanidades que fueron y son en la larga tradición de la lengua española. Pues toda esa parrafada se debe al asombro que me produce este escritor, nacido ayer en Caracas, esto es en 1950, no llega a los sesenta años y ya ha publicado más de cien títulos que usted podrá contar al final de esta nueva obra, ilustrada, esto es, bien documentada y muy bien escrita”.

Ahora Don Enrique, agradecido, me dice que quiere escribir igualmente un poema para Usted, mi querida Maricuca, mi Doña Mary de siempre y hasta la tumba, y me pregunta si puede. Yo le respondo que: “la empedernida palabra que ayer despertaba los recuerdos, ponía en rojo la memoria, acentuaba la sensación de ausencia, cuando era menester hablar a solas, decirle mira tú ese color, fíjate cómo el pueblo parece hablar, esto que aquí está adentro y puede notarse fuera es lo que en mi tiempo llamábamos amor, no le hagas caso a esos ruidos, más importante es un verso” y Viloría escribió el poema y te dedico estos versos que yo autorizo como si también fueran míos, de mí para ti:

Eres (II)

A Doña Mary.

Con la vena y la venia de don Guillermo.

Eres mi pozón de Chicorías

olorcito de arepa

cabeza de ovejo

primer café

cuajada tierna

cocuy de Siquisique

estallido de luz

caballito trotón

Flor del araguaney

agua de quebrada fresca

río crecido

campanario

tapia de convento

yabo del origen

crepúsculo larense

Divina Pastora en procesión

Princesa de un reino en desuso

Goda de Carora

Cacica de Cuicas

En Moncloa te encontré

Todo eso y más

mi Majestad

eres...

7. Otros animales de la comarca

Yo imaginaba más bien otros animales. Ni siquiera pensaba yo en las palomitas del mediodía, medio escondidas en el solar de la casa, mimetizadas con el cují enano, escoradas en el bojotico de la escobilla, a la sombrita de un palo tieso. Me preocupaba, ayer por la tarde, el tuqueque asomado a la piedra de un tinajero.

Dicen que el tuqueque larga el rabo cuando se enfurece y el otro día un rabo de tuqueque se le clavó en el ojo a una mujer de Aregue que vivía en público concubinato con un sobrino suyo, de nombre Agapito.

Guillermo Morón, como Esopo, Jorge Luis Borges, Antonio Arráiz, Eugenio Montejo, Rafael Arráiz Lucca, Vladimir Acosta o quien este texto escribe, también tiene su bestiario exclusivo, un personal zoológico de ciertos animales criollos y propios a los que el escritor le atribuye defectos y virtudes, vicios y moralejas, perversiones y bondades intrínsecas al ser humano.

Fabula con sus bestias el narrador, las hace cercanas y afectivas, no les altera su esencia física, pero les inventa otra alma, otro sustrato, una forma de ser, una idiosincrasia, una índole, una personalidad, para, con sus animales, muy suyos y particulares, formar un ejército sin armas que sólo empuña la palabra –la más destructora de todas las máquinas concebidas para la guerra– en forma de ironía, de sátira, de puya, de sarcasmo, de socarronería, a objeto de ridiculizar personas que apuestan a ser personajes y de criticar, por mampuesto, conductas y actitudes impropias de lo humano. Morón nos recuerda que ningún soberano transita desnudo, que ningún político camina en cueros. Confirma el escritor: “No soy yo quien pone los nombres. No soy, ciertamente, un inventanombres. Los nombres ya estaban allí cuando llegué para recogerlos y animarlos un poco con estos recuentos. En tales circunstancias se podrá notar fácilmente que si no invento los nombres es porque los encuentro ya inventados”.

La codicia, la solidaridad, la avaricia, la gula, la amistad, el engaño, la componenda, la caridad, el amor, el abuso de poder, la injusticia, los celos, la inocencia, el pudor, la lujuria, la hipocresía, la suficiencia, el desprecio,

la equidad, el abuso, el respeto por el otro, la consideración, la condolencia, la compasión, el odio, la protección, el chisme, el elogio, la adulancia, la soberbia y la jaladera de bolas, según el caso y la circunstancia, acompañan, para retratarlos, a los animales del zoológico personal de Morón, sito en la comarca de su fértil imaginación”. No tengo por qué atender a quienes me critican por el desorden con que escribo. Me interesa sólo la verdad, la calidad de mi trabajo, el empeño que en él pongo, la dignidad de su estilo y composición y la propiedad con que se emplea cada palabra en cada frase. Y mi nombre Claudius Aelianus, nacido en Praeneste, ciudadano romano del Siglo dos, De natura animalium que escribí en griego. No se asusten, pues, los animales de hoy”.

Acompañemos al escritor ecologista, al narrador guardián de bestias con alas y bichos con uña, agarrados de su fantasía, sin susto ni miedo ni pánico ni pavor, pero sí con mucha curiosidad, para de buena tinta conocer, ver de cerca, sin tocarlos, darles de comer o perturbar su ecosistema, algunos de estos animales criollos, una docena de ellos, no todos que muchos son y urbanos también hay, sino los rurales más bien, por aquello de asegurar la coherencia del tema, la pertinencia del análisis, el rigor de la exposición ¿verdad, doña Chayo?

- **El conejo:** “El conejo –a quien un escritor, llamarse Antonio Arráiz bautizará como Tío Conejo– es un animalito sumamente libidinoso, sexópata pudiera ser el término apropiado. Esa es la razón por la cual el conejo, que tanto abunda por allí, se vuelve loco cuando va tras la hembra”.
- **El ceril y el alción:** “El ceril y el alción no sólo comen juntos, como buenos pájaros que son, sino que viven juntos. Quiero decir que el ceril y el alción conviven, aunque no por ello pueda asegurar que pertenecen a una misma familia. Cuando el ceril llega a la vejez (porque es el primero en tener tal ocurrencia) y no puede valerse por sí mismo, de puro débil, entonces sucede que el alción lo toma a su cuidado. No sólo lo carga en sus espaldas, sino que lo protege con sus plumas más entrañables, que son las medias de su cuerpo”.
- **El cachicamo:** “Está aquel lento animal llamado cachicamo. Dice el pueblo campesino: cachicamo trabaja para lapa. Quiere decir que el primero fabrica y limpia la casa y la segunda se queda con ella. Dice el pueblo urbano: cachicamo diciéndole a morrocoy conchudo (...) Cuentan con fuertes voces en la tertulia ganadera el percance de las muertes por haber comido cachicamo cuatro personas. Sucede que en esta tierra, donde hubo un río, el cachicamo come culebra. Junto a este de la historia apareció —cuenta el narrador— una coral. ¿Y el veterinario que guisó una cascabel como si fuera

conejo, para servirla a sus amigos? Es que los animales caroreños son muy especiales”.

- **El Rey de los Lagartos:** “Asomé el primero su altiva cabeza por el borde izquierdo del barranco. Movi6, altanero, el rostro; la mirada al frente, avanz6 luego a paso firme, como si aplanara la trocha, casi a marcha de vencedor. Ágiles los nerviosos cuerpos, en fila india, ascendieron por el flanco derecho entre los matorrales, los cinco de un pelot6n delgado. Pequeño, liso, frágil el delantero, los ojos precavidos y alerta. Más fuertes, como peones mal entrenados, los compañeros de ruta. Otro solitario, acomod6 todo el cuerpo, a cuatro patas, en la piedra ancha que parte en dos la geografía bajera del lugar, unas tunas, arena gruesa de volcán, chamizal tieso de largos días sin lluvia, cantos rodados con viejas nostalgias de nubes, rocas ancianas, pedrugones mozos. Uno chiquito, con los ojos apagados, parece tomar el sol en una pala del tunero. Mueve sigilosamente la cola aguda, verde la cola como aguja de card6n. Los ojos sumidos, ojos de barro seco, de un pequeño ej6rcito, se mueve con ruido ligero por la retaguardia, de improviso, en escaramuza, guerrilleros de sombras apretadas, de dos en fondo, a la ofensiva. Los lagartos del barranco se han dado cita para escuchar a sus dirigentes. El Rey de los Lagartos, que es general, los vio congregarse y crey6 que venían para aplaudirle y rendirle pleitesía. Por eso se asom6 a la ventana, levant6 las delanteras, sonri6 complacido y se disponía a echar un discurso. Pero los lagartos se dedicaron a lo suyo, esto es, a comer conchitas de pan y hojitas verdes y granitos de arroz blanco. El Rey de los Lagartos, que es general, volvi6 a dormir su siesta, después de cumplir con sus hábitos, beber cerveza, comer arepa tostada con caviar y tomar el sol en la terraza. En el barranco, donde viven los lagartos, todo qued6 nuevamente en paz y buen calor”.
- **El Burro Hechor:** “No se había puesto el sol cuando el caballo Siempreviva entr6 al corral, desnudo, son6 todo el cuerpo, sacudi6 las crines, levant6 las orejas, arque6 la negra cola brillante, pande6 las patas traseras, orin6 fuerte y seguido, y dijo altanero, yo soy el mejor caballo del universo mundo. El burro hechor no se dign6 mirar, cuando seguro de sus potencias, con tranquila certidumbre, musit6, ah, bicho bien boludo ese Siempreviva. Pero las yeguas pusieron atención, oyeron, entre orgullosas y ofendidas. Las yeguas de Las Virtudes murmuraron durante largas horas, sin poder dormir esa noche”.
- **La iguana:** “Si silban todos a la vez, las iguanas se espantan, corren por las ramas de los árboles como los lagartos grandes por la playa

Cartago, dan un gran salto y caen al río y ya no se aparecen más, confundidas con las guabinas y los bagres, van para arriba, contra la corriente, camino de Los Chorros, donde hay muchos robles iguaneros. Pero si el negro Miano silba solo un valsecito compuesto por el negro Tino Carrasco, tocador de mandolina, entonces las iguanas se asoman por detrás de las horquetas de los árboles y la asamblea dispara sus hondas, nunca le pegan a la iguana, porque no se cazan con piedras, sino con silbidos, hay que ir a la pata del yabo, del dividive, del roble, silbar un rato largo, largo, hasta que la iguana se enamora del Negro Miano y cae muerta de amor a los pies del árbol”. Pero si Usted prefiere detenerse en un relato de antología universal lea con detenimiento el lírico y feraz retrato de la iguana, el único ser que sabe que va a morir cuando el hombre silba, en el cuento de nuestro escritor: *Los Presagios más altos*.

- **La hormiga roja:** “Un día se apareció por la ciudad socialista de las hormigas, un ser mesiánico que lo sabía todo porque todo estaba y salía de su cabeza. Al principio parecía una hormiga mayor, una hormiga roja, con la habilidad de moverse más ágilmente. Dijo que era sociólogo y podía explicar por qué las hormigas eran como eran desde siempre. Dijo que era economista y podía regular el transporte, la circulación, el acarreo de los alimentos, el precio de las hojas, el tamaño de los palitos, todo cuanto las hormigas conocían normalmente. Y dijo también que era político y que podía gobernar la ciudad que se había gobernado eternamente por sí misma. Resultó ser un monstruo de dos cuerpos, cabeza y abdomen, con ocho patas. Su habilidad era tanta que convirtió en tela de araña y en trampa todo cuanto tocó”.
- **Los zamuros.** “Pero un día se ha podido averiguar con gran dificultad, los zamuros se adueñaron de la isla, porque confundieron con carroña un estiércol llamado petróleo. Entonces los gobernantes cambiaron de nombre. Aunque ya no fue posible mantener la libertad, sino que vino la tiranía. El tigre merodea todavía por los alrededores”.
- **Los caribes:** “Los caribes convocaron asamblea en la capital de las provincias, reinos y ciudades” Hablaron, discursaron, contendieron, discurrieron, riñeron, argumentaron, propusieron una y otra vez. “Agotados los caribes no sintieron la llegada del Rey Pavón y sus hoplitas. Llegó por mar desde las hiperbóreas tierras heladas que están al norte. En las provincias, reinos y ciudades gobiernan ahora las Nuevas Tribus de los pavones. Y ejercen el poder sin condominio”.

- **Las cucarachas:** “Las cucarachas llaneras fueron las primeras en darse cuenta de aquella anormalidad (...) Ya no hay héroes, por eso las cucarachas llaneras se dedicaron a la vida rutinaria, dejaron pasar la oportunidad y el tiempo. Pero se dieron cuenta (...) Y las cucarachas comenzaron a buscar un héroe, con desfiles, concentraciones, cerveza, carne asada, güisqui, todas las orquestas y cantantes, busca que te busca. En eso estaban las cucarachas de toda la tierra, cuando comenzó el baile de las gallinas”.
- **Mapurite Embajador:** “Muy antigua es la fama de la tribu mapurítica como para tener necesidad de recordarla. Entre todos los habitantes de esta podrida tierra y provincia de los animales, el pueblo de los mapurites sobresale por la precisa condición de su hábito. Seguramente la estofa mapurítica se habría mantenido al margen de la historia, si no hubiera ocurrido el insólito acontecimiento que, no sólo permite, sino obliga al historiador, en su condición de historiador, a registrar el hecho (...) Y todo porque el Rey de los Mapurites, es decir, el más peorro, fue Embajador. Allá estuvo, en la Corte del Rey, donde se cree a pie juntillas que toda la vieja y noble provincia de los animales criollos es ágrafa, empecinadamente ágrafa; que toda la rica gama de culturas formadas por los animales criollos, República, Gobierno, Pueblo, Congreso, Universidad y cotarro de letrados, *es estofa mapurítica*”.
- **Fábula del Pájaro Carpintero:** “Carpintero, pájaro carpintero. Eso soy ahora, aquí en mi árbol, porque he construido nidos para el amor, porque la carpintería, poesía, escritura, filosofía, es toda la esencia de las aves, de los seres inmortales llamados hombres, yo los he visto, eternos sobre la tierra, ahora, para estar en paz con ellos, soy solamente lo que soy, carpintero en mi carpintería, pájaro carpintero”.

Morón reposa activo entre el carajitero y sus animales, solazado en el recuerdo de su madre maestra, evocando travesuras de todo tipo, materiales e intelectuales, sin temor ni a las espuelas del gallo ni a la crecida del río, porque a lo único que ciertamente teme el escritor, le tiene culillo, ejercen sobre él un pavor inmenso, arquetípico, atávico, es a las palabras que son como avisvas africanas. Confiesa el escritor como siempre, como es su gallarda usanza, sin tapujos, sin melindres, sin medias tintas, el porqué de ese pánico, la razón de ese espanto. “La culpa es de las palabras: No ve usted que las palabras se me alborotan en la cabeza como si fueran un avispero alborotado. Sólo que si uno echa a correr, después de darle una pedrada al cacuro, las avisvas se quedan con las ganas. Pero las palabras, como avispero, se alborotan en el cacuro, en el avispero que está dentro

de mi cabeza. Entonces yo salgo corriendo para que no me piquen. Pero las avispas están ahí, en la cabeza, y ellas son las que tienen que correr para que yo no las mate. Y la mejor manera de matar esas avispas es pronunciarlas”.

Por eso las sabias palabras de Guillermo Morón saben a la miel de la matejea.

Guillermo Morón

Es hijo de una maestra de escuela, Rosario Montero de Morón y alumno de Cecilio Zubillaga Perera, también conocido como Chio Zubillaga, de quienes recibió una sólida formación moral y disciplina intelectual. Estudió en bachillerato en Carora y Barquisimeto y desde muy joven empezó a escribir en los periódicos *El Diario de Carora* y *El Impulso de Barquisimeto*. Su maestro Chío Zubillaga le recomendó estudiar historia por lo que ingresó en el Instituto Pedagógico de Caracas del que egresó como profesor de Historia y Geografía. Regresó a su estado natal como profesor del Liceo Lisandro Alvarado. Fue secretario privado del gobernador del estado Lara, Carlos Felice Cardot, quien le ayudó a conseguir un beca en 1949 para estudiar en la Universidad Central de Madrid (hoy Complutense), donde se doctoró en Historia en 1954. Después estudió en las universidades alemanas de Gotinga y Hamburgo, en la especialidad de Filosofía de la Cultura y Lenguas Clásicas hasta 1958.

A su regreso a Venezuela empezó a escribir su *Historia General de Venezuela*. Ese mismo año de 1958 ingresó en la Academia Nacional de la Historia. También fue director de la revista *Shell* y trabajó como profesor de geografía, historia y ciencia en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas. De 1974 a 1985 dictó la cátedra de Historia de Venezuela en la Universidad Simón Bolívar. Morón también trabajó como periodista en la revista *El amigo del hogar* y publicó columnas en los periódicos *El Impulso*, *El Nacional* y *El Herald*. Fue director de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela entre 1986 y 1995 y fundador de los Departamentos de Investigación y Publicaciones de dicha Academia desde donde impulsó la edición de numerosas obras de historia venezolana y la publicación de una colección denominada *El libro menor*.

En su obra narrativa se destacan *Historia de Francisco y otras Maravillas*, *El Gallo de las Espuelas de Oro*, *Catálogo de Mujeres*, *Los Hechos de Zacarías* y *Ciertos Animales Criollos*.

Entre los años 1991 y 1993 también hacía los micros televisivos de historia de Venezuela ***Vamos a Ver***, los cuales eran patrocinados por la Fundación Latino (del banco homónimo) y transmitidos a través de Venezolana de Televisión.

Sobre el Autor

Enrique Viloria Vera (Caracas, 31 de enero de 1950)

Abogado por la Universidad Católica “Andrés Bello” (Caracas, 1970), posee una maestría del Instituto Internacional de Administración Pública (Paris, 1972) y un doctorado en Derecho Público de la Universidad de Paris (1979).

En la Universidad Metropolitana de Caracas fue Profesor Titular VI, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), y Decano de Estudios de Postgrado, así como Director Fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri (CELAUP) y Coordinador de la Cátedra Venezuela Ricardo Zuloaga. Adicionalmente, es Investigador Emérito del Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca (CEIAS). Fue igualmente titular de la Cátedra Andrés Bello en el Saint Antony’s College de la Universidad de Oxford en el Reino Unido y Profesor Invitado por la Université Laval en Canadá.

Es autor o coautor de más de ciento treinta libros sobre temas diversos: derecho, gerencia, administración pública, ciencias políticas, economía, historia, poesía y crítica literaria, artes visuales y humorismo. Su obra escrita ha sido distinguida con el Diploma “Tomás de Mercado” de Estudios Económicos otorgado por el Centro de Estudios Iberoamericanos de Salamanca, el Premio Iberoamericano de Ensayo “Alfonso Ortega Carmona” de la Sociedad de Estudios Literarios y Humanísticos de Salamanca, con el Premio Medalla Internacional Lucila Palacios del Círculo de Escritores de Venezuela, con el Premio de la Academia Venezolana de Ciencias Políticas y Sociales, y con Menciones de Honor en el Premio Municipal de Literatura (Mención Poesía) de Caracas y en la Bienal Augusto Padrón del Estado Aragua. Recibió la Orden Andrés Bello (Banda de Honor) y el Gran Cordón de la Ciudad de Caracas. En 1998, la Universidad Metropolitana le otorgó el Premio al Mérito Académico en el área de Ciencias Políticas, Sociales y Administrativas. Ese mismo año fue nombrado Padrino de promoción por los Licenciados en Ciencias Administrativas de la Universidad Metropolitana. En el 2002, la Biblioteca Nacional de Venezuela organizó una exposición bibliográfica y publicó un detallado catálogo con motivo de sus 80 títulos. Igualmente, la Biblioteca Pedro Grases de la Universidad Metropolitana organizó dos exposiciones con sus respectivos catálogos en ocasión de sus 50 y 100 títulos bibliográficos.

En 2009, el Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca creó un apartado en su colección editorial con el título de ***Obra de Enrique Vitoria Vera***.

